

Ver. 30882
33641

inf. 140859 (wey)

46802-37

11113
E 805
245 P
inf 8720

UNIVERSIDAD DE CUENCA

Presencia de la Poesía Cuencana

37



NUMERO EXTRAORDINARIO

Remigio Romero y Cordero

POETA MAXIMO

HOMENAJE AL COLEGIO NACIONAL "BENIGNO MALO"

CUENCA—ECUADOR

1964

E861.4

46802

37

REMIGIO ROMERO Y CORDERO

POETA MAXIMO

Presencia de la Poesía Cuencana rinde homenaje al COLEGIO NACIONAL "BENIGNO MALO", al celebrar el Instituto sus Cien Años de generoso y nobilísimo servicio a la Cultura. Por sus aulas han pasado valiosas generaciones, clarísimo orgullo de Cuenca; por ellas pasó también REMIGIO ROMERO Y CORDERO, el más Grande Poeta americano de los actuales días.



Selección y Prólogo de Rigoberto Cordero y León

"ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA"

SALUTACION AL POETA

Que se abran las puertas de rosas para que pase el Poeta, el Poeta del más bello idioma, el del idioma que aroma intensamente, más, mucho más, mucho más que las rosas . . . Que se abran las puertas de rosas y que todas las rosas sean para el Poeta, igual las blancas que significan nubes detenidas por la mano del amor sobre la tierra, las rosas que son los pensamientos más delicados que apenas se insinúan en la magia del ensueño, las rojas que son la pasión de la sangre o las pasiones de la sangre, esas grandes pasiones que hacen del vivir no morir y del morir inmortalizarse . . . Que se abran las puertas de rosas para que pase el Poeta . . .

Que se abran las puertas de oro para que pase el Poeta . . . Las puertas que saben a hermosura total, a gran armonía de sol mansamente pulido por el amor de lo perfecto . . . Las puertas que suenan tocadas por las manos de los dioses y que los dioses construyeron en sus Montañas para que guarden los infinitos de toda azulidad y se abran al paso del Poeta . . . Que se abran las puertas de oro para que pase el Poeta . . .

Que se abran las puertas de bronce para que pase el Poeta . . . Las puertas hechas para durar siem-

pre, las que preludian la eternidad de las eternidades... Las puertas que definen la honda fuerza amorosa de la vida y la bella fuerza amorosa de la muerte, la fuerza que lleva el alma en mandato cierto e inconfundible de divinidad... Las puertas construídas por antiguos y eternos Caballeros de todos los ritos supremos: el que mandaba ser más sol por los caminos de Castilla y el de las diáfanas pupilas amadoras y custodiadoras del Santo Graal... Las puertas de bronce que conocen y cantan las canciones más antiguas y originales, las que en los valles convertían pastores en apóstoles y en los montes transformaban campesinos en visionarios... Que se abran las puertas de bronce para que pase el Poeta...

Que se abran las puertas de rubí para que pase el Poeta... Las puertas de corazón y sangre de la vida, de rubí que es la poesía del fuego cuando el fuego se ha quedado en la maravilla altamente bella del beso más intenso de amor... Las puertas que brillan como el corazón de todos los amadores y el corazón de todas las amadas latiendo en un solo latido para que pase el Poeta... Que se abran las puertas de rubí para que pase el Poeta...

Que se abran las puertas de aguamarina para que pase el Poeta... Las puertas milagrosas detenidas en pleno canto de las aguas hondas, de las aguas que piensan honduras hacia su hondura, de las aguas que ha de leer e interpretar solamente la hondura del Poeta... Que se abran las puertas de aguamarina para que pase el Poeta...

Que se abran las puertas de nubes para que pase el Poeta... Las puertas que están hechas de todas las alas de las palomas de la tierra y de todas las

alas de los ángeles en el cielo... Las puertas que son apenas la víspera del ensueño o esa inquietud altísima que precede al sentimiento cuando es más claro el sentimiento... Las puertas claras por excelencia de claridad y diáfanas por definición de lo diáfano... Que se abran las puertas de nubes para que pase el Poeta...

Que se abran las puertas hechas apenas de los aromas del campo, para que pase el Poeta... Las puertas construídas por el vuelo de las sabias abejas en el alma del anís silvestre, las hierbabuenas, las mentas, el eucalipto aromático, ese corazón de canario o de jilguero que se llama retama, ese azul de paso de muchacha a pie desnudo que se llama campánula, ese templo para el oficiar de la brisa que se llama lirio, esa sandalia para el amor de Francisco de Asís que se llama violeta... Que se abran las puertas hechas apenas de los aromas del campo, para que pase el Poeta...

Que se abran las puertas de aire fino, suave, frágil, para que pase el Poeta... Esas puertas que sueñan a música cuando la música es el silencio iniciado en los pentagramas... Un aire tenue que apenas pueda llevar el paso del suspiro en un pétalo... Un aire delicado que apenas pueda decir un nombre sin decirlo... Un aire frágil que sea sólo la respiración frágil de la más madrugadora de las madrugadas... Que se abran las puertas de aire fino, suave, frágil, para que pase el Poeta...

Que se abran las puertas de viento para que pase el Poeta... Las puertas que guardan los vientos magníficos, rebeldes contra la estabilidad de las co-

sas, magistrales en dar lecciones que despetalan flores pero también desnudan diosas... Que se abran las puertas de viento para que pase el Poeta...

Que se abran las puertas del día para que pase el Poeta... Las puertas que traen toda gama de lo rosa o lo azul en su alma para entregarla delicadamente al alma... Las puertas mágicas que crean las auroras y que son más sutiles que la niñez sin forma aún de los jacintos... Que se abran las puertas del día para que pase el Poeta...

Que se abran las puertas de la noche para que pase el Poeta... Las hondas puertas de la noche, ventanas para la altura de lo inmenso... Las puertas que ofrecen constelaciones y estrellas y luceros y mundos que acaban de nacer en la cuna del terciopelo distante, y mundos que pasan incendiados en sí mismos por los antiguos cataclismos, y mundos ya de pupilas apagadas conmovedoramente como la muerte sin muerte de las pupilas de los ciegos... La noche libre, la noche sabia, la noche perfecta, la noche de belleza incomparable que entrega la maravilla dolida de la tristeza y la no menos dolida maravilla del pensamiento... Que se abran las puertas de la noche para que pase el Poeta...

RIGOBERTO CORDERO Y LEON

REMIGIO ROMERO Y CORDERO

SIMON BOLIVAR

Y... primero, perdón por nuestra hazaña,
Iberia, grande entre los pueblos grandes;
porque perdura todavía España
al pie de la Cadena de los Andes...

Si... primero, perdón... Pero, qué quieres
ilustre patria de los claros nombres,
si nosotros pusimos las mujeres
y tú mandaste, tras Colón, tus hombres...?

Tuya la culpa fue del golpe fiero:
nos trazaste la norma el Dos de Mayo,
y nos diste a leer el Romancero,
en el nombre del Cid y el de Pelayo...

Si querías sumiso siempre el brote
de tu sangre, soberbia en la pelea,
por qué fuiste el país de Don Quijote
y encarnaste el ideal en Dulcinea...?

Si anhelabas uncidas a tus carros
las colonias, en que hoy tu gloria fincas,
por qué no divorciaste a los Pizarros
del lecho ardiente de las reinas incas...?

Por qué en Sagunto y en Numancia sabes
encerrar tu expresión, como en un templo...?
Por qué Cortés vino a quemar sus naves
donde nunca morir pudo el ejemplo...?

Por qué ocho siglos árabes sus furias
detienen en los muros de Granada,
cuando, desde los montes de tu Asturias,
probaste la pujanza de tu espada...?

Por qué el Padre Las Casas fue tu hechura...?
Y por qué derramaste, en la Colonia,
las Castillas, Navarra, Extremadura,
de allá, de la Florida, a Patagonia...?

Sobre todo, por qué —gloriosa abuela,
a quien un día cruel dimos acíbar—
consentiste, en la egregia Venezuela,
la sangre de tu sangre hecha Bolívar...?

Culpa tuya, muy tuya, y muy ibérica...
Porque, a veces, parece —España, España—,
que solamente descubriste América
para hacer a Bolívar en su entraña...

Qué otra gloria mayor para tu gloria...?
Qué otro pago a tu clásico desangre...?
Ver un hombre que cruza por la historia,
y saber que en ese hombre está tu sangre...

Quién le pudo engendrar, sino tu raza...?
Quién le iba a concebir, sino la guerra
de esta América inmensa, que hoy te abraza
en el nombre del cielo y de la tierra...?

Qué importan otros manes y vestiglos...?
Para muestra magnífica de tu obra,
de norte a sur atravesar los siglos
entre el Cid y Bolívar..., basta y sobra...

Basta y sobra, en verdad... Y ten presente
qué habrías sido —en tu racial montaña—,
sin Bolívar y la India de Occidente,
talvez en la mitad, menos España...

.....
Creyente y soñador, de todo un algo,
espada y corazón, figura homérica,
cerebro y voluntad, hermoso, hidalgo,
Bolívar es España y es América...

Huracán y erupción, ola y acero,
cristiano, tempestad, sol y montaña,
tenorio, capitán y caballero,
Bolívar es América y España...

Quién, como él, en achaques de hidalguía...?
Quién, como él, en finura de maneras,
desdè el alba magnífica del día
a la hora de las sombras postrimeras...?

Quién, como él, a caballo en el torneo...?
Quién, como él, en el rito de la danza...?
Quién, como él, en la fiesta del deseo
y en la noche nupcial de la esperanza...?

Quién decía, como él, más halagüeños
madrigales de amores y quererés,
pasando y repasando por los sueños
con que el alma se adornan las mujeres...?

No lloraba de amor, tal como un niño...?
Con los recuerdos de la esposa ida,
no se había labrado un gran cariño,
más allá de las cosas de la vida...?

Y quién, en el horror de la campaña,
leal, gallardo, generoso, humano,
al ver la angustia del dolor de España,
con más nobleza le tendió la mano...?

No derramó, cien veces, llanto puro—
gemidos que en la historia tienen ecos—,

cuando surcaban el oceano oscuro
las victimas caidas en Berruecos...?

No gastó su fortuna en su quimera...?
Y, a la hora en que a dormir largo se baja,
no le negó la patria una bandera
que le habría servido de mortaja...?

En la tierra, no existe ya quien note
cómo aceptó el crepúsculo previsto,
entre una invocación a Don Quijote
y una jaculatoria a Jesucristo...?

No perdonó para morir...? Y luego,
ya de la muerte misma entre los brazos,
no le quedaba todavía un ruego
para su Gran Colombia hecha pedazos...?

Si toda esta grandeza no es España
y es América juntas... ay, entonces,
de la herencia inmortal y de la hazaña,
los mármoles, los lauros y los bronce...

Pero, eso nó... Jamás las maravillas
del genio absorbe el tiempo en sus resacas...
América y España, de rodillas
ante el panteón eterno de Caracas...

De rodillas, las dos —estirpe ibérica
y aborigen estirpe que la abraza—,
porque Bolívar, español de América,
es el hombre más grande de la raza...

EL LIBRO DE LAS CAPULICEDAS

INVOCACION DEL SEMBRADOR

Hora de mi país mediterráneo;
hora de mi dialecto de provincia;
hora del árbol-símbolo;
hora del árbol-totem,
autóctono y vernáculo,
que es mi región austral cambiada en árbol...

Yo era el llamado a la canción indígena;
a la que junta con el alma propia
la luz del sol de América,
las selvas de los trópicos,
el vuelo de los cóndores,
las aguas del Pacífico,
la reciedumbre cósmica
de las moles volcánicas,
lo vasto, lo inmutable, lo infinito,
lo que es Dios en los cielos y en la tierra...

Yo soy aquel que ha de cantar, entonces,
al natal capuli... Yo soy el bardo,
el vate y el poeta, el sacerdote,
la religión y el templo... Creo, a veces,
que soy también la majestad del árbol...

Antaño tuve amigos en las hazas,
porque sabía distinguir los trigos
por el modo formal de las espigas
y el vaivén del oleaje...

Antaño tuve amadas en los agros,
porque mi ciencia de las plantas pudo
cultivar, en la flor de las llanuras,
el trébol de cuatro hojas...

Antaño fui labriego entre labriegos,
porque diferenciaba los sembrados
sólo por el matiz del color verde:
verde de habar o de maizal, de huerta,
de alcacel, de borrajas, de totoras;
acá, de manzanedos;
allá, de saucedales;
más allá, de altamisas y de alfalfas;
más allá, de olivares, de abedules
y de capulicedas...

Por esos mismos días,
tuve los siete dones campesinos:
el dón de calcular huebras y amelgas,
tasando el tanto de simiente echable,
para no malograr campo y semilla;
el dón de predecir la lluvia, el viento,
fijándose en los astros y en las nubes;
el dón de trasplantar sin que muriera
una sola raíz de las almácigas;
el dón que hace suavísima la mano
en la casi tragedia de la poda;
el dón de los injertos;
el dón de ser humano con las plantas;
y, sobre todo, el dón de saber cuándo
están tristes los árboles o alegres,
nostálgicos de climas,
fatigados de nidos,
enfermos en la savia —que es la sangre,
o en la raíz— que es corazón y es todo...

Cuando mis yuntas iban al barbecho,
las yuntas de los otros barbechaban;
el patriarca selvícola
ordenaba sembrar los campos suyos,

el día que sembraba yo mis campos:
quitaba la cizaña de su vera,
cuando yo de la mía la quitaba;
y el tiempo de mis hoces,
también el tiempo de los suyos era...
Sólo que el jefe de la tribu agrícola
entonces me pedía segadores;
porque, segado ya mi campo todo
y con tragal quedándose su campo,
en dos horas podían devorarle
los pájaros famélicos del cielo...

Yo soy aquel... Pero, antes, soy quiéne supo
sembrar capulicedas por su mano...
Con ellas dibujé sinuosidades
de orillas, conteniendo
la rebelión de la onda, de la arena,
y el coraje fangoso
con que, en invierno, la avenida baja...
Estatuí, con ellas, sobre cumbres,
la perpetua inquietud del arbolado,
para mirar, contra lo azul del cielo,
la acción del huracán en el follaje...
Con ellas enmarqué las bardas viejas
de los viejos caminos...
Con ellas, la algazara
de las boscosidades
y de los nidos puse
en la morbosa paz de la planicie...
Con ellas, el milagro de la vida
tembló de amor en el amor del polen...

Yo he sido sembrador de capulies...
Yo he sido sembrador... Yo los comprendo
en la flor, en el fruto, en la raigambre,
en el tronco, en las hojas y en la savia...
Auténtico derviche,
entiendo lo que dicen
los pájaros posados

sobre la pompa de las copas ágiles;
mago que bebe clorofila pura,
yo sé qué hablan las hojas y las flores;
conjurador de espíritus,
conjuro los espíritus que, en forma
de buhos, de coleópteros, de arácnidos,
atacan a las ramas y a los troncos...

Como hombre, como artista,
como hijo de mi tierra y de mi casta,
en la interioridad tengo el secreto
de las capulicedas...
Yo las sembré; por eso, he de cantarlas
el canto de mis cantos: aquel canto
en que sea yo mismo lo que suena...

Ayúdame a cantarlas, tierra mía...
Ayúdame, región en que he nacido...
Ayúdame, comarca, mi comarca...

PASCUA FLORIDA DE LOS CAPULIES

El valle está de fiesta...
Las gentes labradoras,
bajo el orgullo de este sol de pueblo,
al aire libre de este risco andino,
con el complot de este silencio rudo,
pasan en grupos... Sus pupilas tienen
yo no sé qué de campo:
talvez lo inmenso, lo brillante y solo,
talvez lo manso, lo tranquilo y puro,
talvez lo suave, lo apacible y bueno,
talvez lo humilde, lo inocente y casto...

Alzado el zagalejo de estameña.
que el color tiene del clavel purpúreo
o el color rosa pálido
de la lánguida flor del duraznero;
alzago el zagalejo de estameña,
para lucir el faldellín de pana;
el collar de abalorios policromos
sobre el corpiño de zaraza roja;
caida el ala del sombrero blanco;
en las espaldas el pañuelo niveo;
desnudo el pie, morenas, suaves, virgenes,
humanas y divinas,
pasan las mozas... Y, al pasar las mozas,
no es que florecen más los retamales
ni echan nuevos retoños los cañaros,
no es que cambian de músicas silvestres
los mirlos y las tórtolas,
no es que aroman mejor los romerales

ni súbito perfuman
las yerbabuenas y las mejoranas,
no es que se endulza el agua de las fuentes
con dulzura de miel...; no es nada de eso:
es que la vida grita a todo grito,
es que la juventud siente, en la sangre,
la luz, la primavera,
la abrasada vorágine de fuego,
el vértigo, el delirio, la locura,
algo que yo no sé cómo se llama...

Detrás de las muchachas van los niños;
y, detrás de los niños,
hileras de gallinas que dirige
la fanfarria del gallo donjuanesco;
perrillos que recién ayer los ojos
abrieron asombrados;
piaras que gruñen el gruñido bruto
con que suelen gritar las montaneras;
muchachas del sembrío
y animales domésticos
invitados por Dios y por los campos
al banquete del sol y de la fruta...

Pascua florida de los capulies,
el valle está de fiesta... La chiquilla,
apretando la saya entre los muslos,
abraza el tronco y por el tronco trepa,
ruborizada, y ágil, y flexible...
El mozo, con las manos se columpia,
asido de la rama vigorosa,
y, culebreando, de repente, sube...
Los niños, los ancianos,
los perros, las piaras,
comerán de la fruta que, en racimos,
arrojarán el mozo y la chiquilla...
Si el anciano se acuerda de sus tiempos,
hará el esfuerzo postrimer: entonces,
azotará con el bordón las ramas;

y el árbol, apaleado, buenamente,
le hará caer una explosión de granos,
obsequio mañanero
de las capulicedas
a la tarde infinita de los hombres...

Pascua florida de los capulies,
según el calendario de la aldea...
Cuando florecen los alisos, cardan;
cuando se van las golondrinas, hilan;
cuando hacen nido los gorriones, tiñen.
El raudó paso de los días cuentan,
entre idénticos hechos enmarcando
las fracciones del tiempo:
de tiempo de jilgueros
a tiempo de jilgueros;
de deshierba a deshierba;
de maíz a maíz, de trigo a trigo,
porque retornan a los mismos campos
las mismas sementeras,
las mismas aves y las mismas cosas...
Por eso, hay campesinos que nacieron—
como ellos sólo dicen—,
en tiempo de maízales,
en tiempo de cosechas,
en tiempo de duraznos,
en tiempo de alelies y de moras;
por eso, hay labradores que se han ido
del valle de la vida,
a la hora de sembrar los aparceros,
el día de partirse las dehesas,
por la semana de moler los granos,
al fin del mes de trashumar las cabras...
Pero es el tiempo de la flor y el fruto
en las capulicedas,
el tiempo del amor de los amores...

Idilio de los dos, idilio puro...
Con la complicidad de los follajes

y el amparo del árbol,
no importa que a la vera del sendero
cabeceen los liños
de las capulicedas;
ocultos ambos en el manto de hojas,
ni el mozo ni la moza están visibles
para las imprudencias del que pasa...
Amor de amor, amor entre los árboles,
amor junto a los nidos,
amor entre las ramas,
amor como el amor de aves y brisas,
amor medio en los cielos y en la tierra...

Rien risa nerviosa, cuando encuentran
pajarillos implumes en los nidos;
comen del grano que en agraz subsiste,
comen del grano que picó de paso,
sin poder arrancarlo, cualquier ave;
de rama en rama se persiguen; hablan
o en el silencio grande se aniquilan;
balancean, tomados de las manos,
cuando el soplo del viento da en la copa;
cambian racimos; a la guía llegan;
se hartan de amor, de fruta, de esperanza,
de aire libre, de oxígeno;
hasta que, al fin, descienden,
primero la chiquilla y luego el mozo,
porque del árbol ella no bajara,
si al pie del árbol estuviera el mozo...
Mientras eso, la paz inunda el valle...
Del aire en la vibrátil transparencia
el mutismo, impertérrito, titila...
Da sed el meridiano, que abochorna...
Y hace luz, tanta luz, una luz blanca...
Y hace sol, tanto sol, un sol tan grande...

EN LAS CAPULICEDAS, HURACAN

Aquel pegujalero,
en cuyo pegujal no hay arbolado,
aquel pegujalero sordomudo
que se ahoga en el bocio,
subió la cuesta y penetró en los liños
de las capulicedas...

En la imbecilidad de sus miradas,
a modo de relámpago,
brilló cierta alegría... De su belfo
escapó, gutural, casi porcino,
el típico gruñir del sordomudo...
Tiró el bordón y el poncho bajo el árbol,
se ceñó con más fuerza
la faja de cabuya;
y, terciando en los hombros
el saquillo de lienzo,
en que guardar la fruta,
se dispuso a trepar, lento, pesado,
mastodóntico, torpe...

En mis capulicedas
alambradas de púas nunca puse,
no he ceñido sus troncos
de espinas agudísimas.
Yo no he sido el señor feudal, que cerca,
que valla, que prohíba:
mis mejores frutales
precisamente dan sobre el camino;
pues yo no puedo atormentar las bocas,

las hambres, los ayunos,
y sufro, al ver golfillos y mendigos
debajo de los árboles,
devorando la fruta con los ojos...
Señor feudal...? A mi con ello...? Nunca...
De mis capulicedas que disfruten
los hombres y las bestias...
Soy demasiado yo, para que ponga
alambradas de púas
en mis capulicedas...
Mastodóntico, torpe,
se resolvió a trepar el sordomudo...
La todomansedumbre de las cosas,
la murria del camino,
las quietudes del valle,
la pereza del río,
la galbana del bosque,
la lentitud con que llegaba al árbol
aquel pegujalero,
ponían, en el alma, languideces,
acidias y desmayos... Ni una ráfaga
levísima de viento:
una mar de silencio indescriptible,
una mar de molice larga, floja,
otra de mansuetud inenarrable,
otra de abulia, de una grande abulia...

Aquel pegujalero,
idiota y sordomudo,
que se ahoga en el bocio,
no podía trepar... Los mayores
que pasaban entonces,
tirando del machete,
hirieron en el tronco
del árbol... Cada golpe
dejaba una ancha herida
color de sangre humana,
una ancha herida en que apoyar pudiera
el rudo trepador las plantas ásperas...

Rió el idiota su brutal aullido...
Con la ronca y salvaje carcajada,
se asustaron los pájaros...
Y los dos mayores
colocaron, camino de la copa,
el cuerpo del idiota... Los machetes
heridos por el sol, al pie del árbol,
dejaban escapar, desde los filos,
un temblor luminoso, pero cárdeno...
Y era el idiota como un basto simio...

Capulicedas, ah, capulicedas...
En otro árbol, los golfos;
en otro árbol, el viejo;
en otro árbol, el joven;
en otro, las muchachas;
en otro, yo también... Capulicedas,
capulicedas, ah, capulicedas...

Hora del mediodía, al fin... De pronto,
la voz del viento sobre el valle nuestro;
nubarrones que arropan
la grandeza del sol y que asesinan
con crímenes de sombra caminante
las sensitivas pradereñas— Luego,
caer de grandes gotas,
olor de tierra húmeda,
relámpagos y truenos,
lluvia— la lluvia que, cual tigre, viene,
rugiendo enfurecida.
Y huracán. Y tormentas en las hojas.
Y la danza de ramas, entre el ruido
tremendo del follaje,
como si un genio malo hubiera vuelto
locos de atar los árboles...

Capulicedas, ah, capulicedas...
El huracán se extrema con las ramas
de las capulicedas...

Revientan los racimos;
nubes de hojas, en rígida
tensión de nervios, vuelan;
el agua casi siente
la nostalgia iracunda del diluvio;
el relámpago brilla,
los hombres han corrido,
han corrido las bestias...
Sólo el pegujalero sordomudo,
en su soberbia impavidez de idiota,
abrazado a la guía,
bambolea en la copa,
gruñe la más salvaje carcajada
y pone yo no sé qué de solemne
en la honda brusquedad de aquel momento...

Un grito, de repente, un sordo grito...
Y, desgajada la furiosa rama,
se viene abajo... Cómo vimos, luego,
los sesos de aquel hombre...?
La mitad le temblaba tras la herida,
la otra mitad, afuera, no temblaba...

LA EJECUCION DEL ARBOL

Amanecía... Bien lavado el cielo,
bien lavadas las ramas,
bien lavadas las piedras del camino...

Siguiendo la costumbre,
como era el tiempo de los capulies,
yo tenía un amor: el de esa joven,
cuyos ojos oscuros
eran, como la noche de los tiempos,
oscuros, oscurísimos...
Siguiendo la costumbre,
bajo la luz del alba,
esperábamos, juntos,
que trajera las vacas la vaquera...
Siguiendo la costumbre,
ya llegaban zagalas y zagales
para iniciar temprano el esquileo...
Buenos días de Dios, campos nativos...
Buenos días de Dios, sol de los Andes...
Buenos días, muchachas y muchachos...

De entre el grupo,
se adelantó la que mejor sonríe;
y, poniendo en la flor de las sonrisas
toda la sangre de mujer hermosa,
temblando de sonrojos,
las pupilas clavadas en el suelo,
nervioso el pie, la mano convulsiva,
me habló de su casorio,

que ella, la novia, postergó, entretanto
se diera sepultura al sordomudo...

Maravilla de Dios la de estas almas,
maravilla de Dios y de estas almas...
Muere el vecino, el conocido apenas,
y ellas se apropian del cadáver pobre,
le visten de sus ropas,
le ponen cuatro veias,
almohada le dan de rosas blancas,
y le dejan dormido, bien dormido,
mientras haya un piadoso
que regale tres tablas,
para formar el ataúd humilde...

Quién dá las tablas, quién para la caja
en que debe dormir el sordomudo
su sueño postrimero...?

Entonces, concebí la idea aquella...
Señor, Dios de los campos, yo comprendo
que no es la culpa de las cosas nunca;
yo sé que no merecen un castigo
la piedra, el risco, la avenida, el rayo.
porque maten un hombre:
yo conozco que no merecen muerte
el can habioso que ha mordido al niño,
el torete cerril que mató al mozo,
cuando el mozo adiestraba su torete
para las plenitudes de la arada ;
Señor, todo eso sé, todo conozco
y sostengo y proclamo;
pero... tu mano santa me perdone,
si entonces concebí la idea aquella...

No pude de otro modo, no lo pude...
Reflexioné que el árbol,
que el árbol hizo mal: con un esfuerzo,
con el último esfuerzo,

con todos los esfuerzos
de que fuera capaz, debía el árbol
sostener esa rama,
para que no cayera el sordomudo,
idiota como él era...
No valé más un hombre,
hasta siendo un idiota,
que el esfuerzo de un árbol,
aunque el árbol muriera del esfuerzo...?

Que el huracán era el culpable...? Cómo
el huracán impongo yo el castigo...?
No; la culpa es del árbol: él debía
dejar que el huracán embravecido
le arrancara de cuajo;
él debía rodar, y rodar integro,
con el pegujalero;
él debía ser árbol,
es decir, oponerse al viento siempre...
Si no lo hizo, que muera;
y en sus tablas entierren los despojos
de aquel pegujalero...

Leñadores, a él, al árbol ese
de la inútil tragedia...
Leñadores, a él, al árbol ese...

Mi mano descargó el primer hachazo
con una fortaleza;
pero tembló mi corazón, sintiéndose
algo como aturdido,
creyendo que a correr iba del árbol
sangre humana, talvez, sangre de bestia...

Golpe tras golpe resonó en el aire...
Los otros capulies, impertérritos,
qué sabían de aquello...?
Ejecución del árbol asesino,
ejecución del árbol...

Me olvidaba decir —entre paréntesis—
que di el primer hachazo, el fuerte, el grande,
cuando la dulce amiga
con su falda de lana
limpió el tronco maldito
de los sesos humanos
que se habían quedado sobre el tronco...

Leñadores, a él... Al fin, a tierra
el capulí terrible, el homicida...
Cuando cayó, no digo que lloraba;
pero casi me saltan unas lágrimas...

Capulicedas, ah, capulicedas...

NOCTURNO DE LA TRAGEDIA

Tristeza de esa noche desolada:
yo no era juez; y, sin embargo, había
la ejecución del árbol ordenado,
ejerciendo, por mí y ante mí mismo,
una extraña justicia, mi justicia...
Remordimientos de esa noche trágica...
Ni las caricias de la amiga dulce,
ni la tranquilidad de su conciencia,
ni el distraerme en la lectura, nada
consegua aquietar mi hora convulsa...

Vamos, amiga mía...
Durmamos esta noche en el cortijo,
escuchando qué digan los cabreros...
Yo me ahogo en el cuarto... Siento falta
de aire libre, de luz de las estrellas,
de ponerme en contacto con la carne
de la tiniebla pura...
Tengo noche, una noche, una gran noche
en la solemne soledad de mi alma...

Vamos, amiga mía...
Pero mira, por Dios, que no pasemos
por donde pueda verse
el cadáver del árbol... Tengo miedo,
me roe la conciencia,
y diviso en mi espíritu
la sombra de aquel árbol,
la sombra de cuando era árbol viviente,

porque es ley natural que al asesino
le persiga la imagen de la víctima...

Qué agradable este frío nocharniago...
Esta nocturna paz, qué ilimitada...
En las caballerizas, piafan, lentos,
los caballos del carro y la carreta;
la grey, en el aprisco, indiferente
a todo lo que muere o vive, rumia;
inmóvil, el establo,
es como si el establo no existiera;
solamente el señor de los corrales—
confundido el lucero con la aurora—
clarina su clarín contra el lucero,
creyéndole la aurora...

De pronto, oigo, en las ramas,
el silbido agudísimo de un pájaro,
un silbido agorero,
ultravital, que hiela,
que detiene la sangre...
De qué me acusa...? Es contra mí...? Yo grito...
No he meditado en esto,
cuando ordené la ejecución del árbol:
el pájaro invisible que ha silbado,
sin duda, es uno de esos
que habían puesto la bondad del nido
en el humilde capulí deshecho,
en el árbol aquel ajusticiado;
sin duda, era uno de esos, el más pobre,
y ahora ya sin nido, a la intemperie
ardiendo en el infierno del insomnio,
posado en rama que es distinta rama,
desconociendo el árbol que es otro árbol,
talvez cerca de un nido que es ajeno,
me acusa con el último silbido
del postrimer insomnio...
No he meditado en esto, dulce amiga,
no he meditado en esto,

cuando ordené la ejecución del árbol
y le rompí la vida con el hacha...

Volvámonos a casa... Yo no debo
esta noche salir de casa... Deja
que no turbe la paz de los cortijos,
ni el sueño del cabrero,
ni la paz inocente de los campos...
Huí de la vereda
por donde pudo verse
el cadáver del árbol;
y, sin embargo, el pájaro sin nido,
el huérfano, el insomne,
me acusa ante la noche...
Volvámonos a casa, amiga mía...

DEL CAPULI CAIDO EN EL CAMINO

Bendito seas, sol, una y mil veces...
Trasmontas la colina,
inundas de oro puro la llanura,
y al alma triste de los tristes entras,
y allí matas sus sombras,
en tu doble misión casi divina,
de hacer día en las noches de la tierra
y hacer día en las noches de las almas...

Hermosura de sol, qué adentro ahondas...
Sentada a la ventana de los ojos,
la vida toma sol...; la pena duerme,
en aquel dormitorio de amarguras
que todos arreglamos en lo interno...;
la angustia de vivir fuése temprano,
y con la tarde volverá —no hay duda—,
pero ya nos dejó ración de tiempo
para la ausencia de dolor humano...
Hermosura de sol, bendita seas,
con bendición de voz, de manos juntas,
como las manos de los pordioseros,
alzadas el instante,
el instante de amor de la limosna...

Ahora, bajo el sol ya no da miedo
el cadáver del árbol...
Durante la impiedad de la gran noche,
por fin dí con el modo
de atenuar el horror de la conciencia...
Amada, labradores, zagalejos,

aparceras, pastoras,
muchachos de las tierras labrantias,
muchachas de los trigos encerados,
los que coméis del pan de mis chamorros,
los que bebéis del agua de mi fuente,
alagráos en Dios: dí con el modo
de atenuar el horror de la conciencia...

La ejecución del árbol
no servirá de ejemplo
a las capulicedas,
al trueno, al huracán, a los relámpagos;
pero, después de todo,
muy bien muerto aquel árbol homicida...
Las tablas de su tronco
serán el ataúd del sordomudo;
lo que resta en madera,
dará con qué tinglar una cabaña
para el novio y la novia;
del espeso ramojo
que todos hagan leña,
porque es muy natural, oh campesinos,
que del árbol caído se haga leña...

Levantado el andamio,
los dos aserradores
cortaron unas tablas,
y fue el pobre ataúd, que yo tiñera
de negro brillantísimo...
Las campanas del pueblo
gimieron de dolor en la espadaña;
abierto el seno de la tierra madre,
bajaron los despojos
del árbol y del hombre,
crujiendo el ataúd al resbalarse;
sobre el árbol y el hombre,
puso el sepulturero grandes piedras;
echaron, a puñados, los labriegos
tierra de camposanto,



en entrambos despojos,
los despojos del árbol y del hombre;
y se fueron, después tranquilamente...
Mientras yo colocaba en el sepulcro
la cruz, pero una cruz hecha con brazos
del mismo capulí que ajusticiara...

El ramojo coció muchas meriendas...
Y, luego, al otro día,
pensando en su cabaña,
se llevaron los novios campesinos
la sobrante madera de aquel árbol...
Estábamos en torno,
mientras se la llevaban,
todos los comarcanos... Mas, de todos,
fui solamente yo quien se dió cuenta
de la magna elegía:
raíces que quedaban,
apenas sosteniendo
media vara de tronco;
hojas, un tanto mustias,
aquí y allá dispersas,
en todos los sentidos
en que fueron las ramas arrastradas;
y, sobre todo, en forma de árbol mismo,
huella del cuerpo de árbol en tierra húmeda,
la huella que dejó al caer el árbol...

ELOGIO DE LOS CAPULIES

Tras la ventana que da al campo mio,
en esta hora de abril para mi campo,
con el elogio de los capulies
yo quiero subrayar el son de la égloga...
Gracias, porque he cantado, tierra mía...
Muchas gracias, región en que he nacido...
Muchas gracias, comarca, mi comarca...

Aspa en la rueda grande del molino,
compuerta en la represa,
canal en la caída de agua brusca,
tolva sobre la piedra bien picada,
árbol de capulí, tú eres la aceña...
En las testuces de las yuntas, yugo;
esteva en los arados;
manceras, hórreos, quinchas,
árbol de capulí, tú eres el campo,
el labrador y la cosecha, todo...
Tienes forma de cruz en techos pobres,
en torres de aldehuelas,
en cementerios de villorrio, donde,
entre las matas de las altamisas,
te mata la tristeza, tu tristeza;
estás en las carretas peregrinas,
que, chirriando, se van por los caminos;
te dejas angular en las techumbres,
soportando las tejas;
erguido en el pilar, te sientes fuerte;
eres la talanquera, los umbrales,
y, en el hastial, el poyo...

Las gentes de mi tierra te poseen:
en los caseros mobiliarios toscos,
en las robustas herramientas rudas,
en los groseros aparejos bastos,
en los pesados edificios rústicos...
Te poseen de vivas...
Te poseen de muertas,
en los humildes ataúdes pobres,
en las pequeñas cinerarias urnas,
en los sagrados cofrecillos íntimos,
donde hay cabellos de las cabelleras
cortadas a los muertos...

Fruta de mi país, la fruta hermana
de las cerezas y las zarzamoras,
de las ciruelas y las aceitunas...
Cuatro meses del año, rivalizas
con el fruto que granan las mazorcas,
al tiempo del otoño en los maizales...
Con jugo de maguey te endulza el ama,
te cuece con duraznos y con peras,
para los postres de la cena rústica;
te exprime el zumo rojo
en la boca sin dientes del infante,
cuando a la madre le negó el destino
la vendimia de sangre de la leche...
Fruta que, cuatro meses en cada año,
ayudas al maíz, en su faena
de mantener intacto
el vigor milagroso de la vida,
subrayando la fuerza
que ponen en la raza
tubérculos, raíces, hojas, tallos
de estos suelos ubérrimos de América...

Capulicedas, ah, capulicedas...
Si yo debo, en mi eliseo,
sembrar un liño de árboles,
cuya simiente me haya sido dado

conocer en las horas terrenales;
yo pasaré los siglos de mi eliseo,
recostado a la sombra
de unas capulicedas pensativas:
de las capulicedas que yo siembre,
llevándome semilla de la Tierra...

EL GRITO

(A la Dolorosa del Colegio)

Señora, desde el monte de soledad que habito,
triste de ser humano y enfermo de infinito;
desde los pozos negros de mis cosas internas,
veneno que yo mismo diluyo en mis cisternas;
desde el fondo del alma, la pobre enloquecida
que tiene tanto miedo del valle de la vida;
desde mi yo tan hondo, tan lírico, tan pulcro,
sediento de quietud, hambreado de sepulcro;
desde el último vórtice de mi dolor sin nombre,
voy a gritar, Señora, mi grito inmenso de hombre;
y puede que tú vibres de maternal anhelo,
sintiendo que mi grito pasó a través del cielo...

Señora Dolorosa, mi angustia te consagro...
Me dicen que una vez consumaste el milagro
de mover tus pupilas delante de los niños,
llorando, nadie sabe, si penas o cariños;
me dicen que, una vez, ante los cirios rojos,
abriste la materna dulzura de tus ojos,
miraste con mirar de intenciones extrañas,
y, humedeciendo en gotas de lloro las pestañas,
la niña de tus ojos dejaste enrojecida,
después de haber bañado en lágrimas la vida...
Señora, yo lo creo, lo creo yo, de fijo,
porque, cuando era niño, mi madre me lo dijo...

Dolor cual tu dolor, ciertamente no existe...
Pero, quién en la vida fue como yo de triste?

Quién sollozó más tiempo...? Quién amasó su canto
con trigo de dolor y con agua de llanto...?
Quién consiguió, jamás, de su naturaleza
convertir lo esencial en carne de tristeza?
Quién fue locura, insomnio, negror, sueño, porfía,
plegaria, verso, grito, convulsión y agonía...?

Quién rodó la pendiente que en plena noche medra
como va, desgalgada, de la cumbre, la piedra...?
Quién tuvo los infiernos de la pasión más loca,
a modo de carbones del profeta en la boca?
Quién bebió del placer con sed de sitibundo,
cansando en el placer los pecados del mundo...?

Quién vió más de rodillas postrados los quereres,
en el retorcimiento de amor de las mujeres...?
Quién persiguió las formas del bien y el mal en guerra,
sobre los horizontes plebeyos de la tierra...?
Quién...?— Nadie... sino yo, que, a pesar de todo esto,
sólo para lo triste no he tenido mi gesto...

Por tus siete puñales, Señora Dolorosa,
apiádate de mí, que la impiedad me acosa...
Amé mucho a mi madre, cuya imagen no pierdo,
pero sus enseñanzas no están en mi recuerdo...
La carne me tortura, la carne me tortura,
como el sueño nocturno de la mujer impura...
El demonio me quema lumbraradas de averno,
en una pirotecnia de fuego del infierno...
El mundo me seduce, con tanta gracia fina,
como si fuera gracia de mano femenina...
Mas, yo siento que, dentro de mis círculos rojos,
hay algo que salvaras moviendo tú los ojos...

Es que sólo a los niños te das, dílo Señora?...
Yo no reparo al cielo, donde mi madre mora;
mas, cuando mi dolor tremendo te consagro,
quisiera que la gracia divina del milagro
que no acepta palabras, ponderaciones, nombres,
la hubieras realizado delante de los hombres...

De aquellos que se abaten sobre la lucha ruda
bebiendo a grandes sorbos del agua de la duda;
de aquellos que se sienten plenos de indiferencia,
irguiendo la razón bajo el sol de la ciencia;
de aquellos que se dicen lo humanamente fuertes,
sin comprender que el paso del arco de la muerte
doblega los orgullos, las famas hace trizas...
Deja una calavera raída entre cenizas,
ordena abrir las puertas mohosas del olvido,
las puertas que se quejan con trágico chirrido,
y manda que el silencio perpetuo se haga dueño
de ese puñado de hombres podridos en el sueño...

Señora del Colegio, vuelve a mi fe perdida,
en dádiva de luz, la lámpara encendida...
Qué te cuesta, Señora de los siete puñales,
despertar de mi madre los despojos mortales,
enviar a mi aposento los queridos despojos,
en las cuencas vacías poner tus mismos ojos,
y llorar, con mi madre, la lágrima que ensalma,
sobre esta cadavérica desolación de mi alma?

Señora Dolorosa, Señora del Colegio,
imaginé traerte sencillo florilegio
de versos, pero mira que, enfermo de infinito,
la voz de la plegaria tiene intención de grito;
mira que el rezo asume proporciones rugientes,
que en mi alma se despiertan nidadas de serpientes;
que estoy tan triste y solo, que estoy tan solo y triste,
como que nada, fuera de mi dolor, existe;
mira que soy angustia, maldades, noche oscura,
silencio, soledad, amargores, locura,
corazón que desangra, juventud que se marcha,
primavera sin sol recubierta de escarcha,
esencia de hombre ahito de placeres humanos,
misterio espiritual, gemido de gusanos;
mira que soy la especie desmayada en los vientos,
con todos sus delirios, con todos sus tormentos;
mira que al verme así, de triste y abatido,
soy, talvez, el dolor que nunca te ha dolido.

SURAMPALTI

I

Tras la honda mansedumbre de las greyes,
dejara mi tristeza su cabaña,
y se fuera, pastora, con los bueyes,
que han de pasar el día en la montaña...

Oliendo a romeral y hojas de menta,
regresara, de tarde, a su bohío;
y talvez regresara soñolienta,
a fuerza de ir rodando, como el río...

Pero no quiere Dios hacerme agreste.
En el bullicio urbano, en todo este
huracán de ciudades me da arraigo...

Lejana, mi alma ya no está conmigo...
Y todas las tristezas en que caigo
parecen eras cuando falta trigo...

II

Arcadia de Indias, Surampalti... Siento
la cambera, el chozil, la pastoria,
la barga en que resbalan agua y viento,
la tristeza del sol y la paz mía...

El rústico recuerdo, en su horizonte
ve el pasado ascender como lucero;
tiene el huerto interior agua de monte
y el alma es un camino carretero...

Surampalti lejano... Aguas salvajes
del Bayandel, cambiadas en paisajes...
Ñamurelti, que velas la llanura...

Y tú, casa paterna, entre las brozas,
con ventanas que dan a la espesura,
con senderos que acaban en las chozas...

III

Deja que el sol su bendición nos eche,
sobre vidas y campos... Hoy percibo
un hálito suavísimo de leche,
y el corazón se pone pensativo...

Qué hará nuestro rebaño a estas horas,
en el silencio arcaico de los cerros...?
Sestearán, bajo el árbol, las pastoras
y acezando estarán todos los perros...

Mediodía... Canicula... Sol de horno
las ascuas de este núbico bochorno...
Abajo han de estar yendo, en viaje mudo,

las ondas de mi río hecho de hielo...
Si a la orilla estuviera yo, desnudo,
tendido en el yerbal, de cara al cielo...

IV

Agonia del sol... Mi alma doliente
hoy camina a su valle, vuelta lampo...
No la esperes, amiga, estará ausente
en la impasible soledad del campo...

Si quieres, vé con ella, a su ribera
y asciende la colina, hablando amores,
mientras tiene el vérdor de la pradera
hipótesis errantes de pastores...

Mi alma te hará su lírico derroche...
Luego, si cae, en lo mejor la noche,
albergues del collado hay en los flancos...

Y la gotera del chozil pajizo
filtrará, al interior del cobertizo,
la luz que lluevan los luceros blancos...

EL ERA UN HOMBRE RARO

El era un hombre raro... Su faz tenía grietas
como —tras el hervor negro del cataclismo—
la faz de los planetas
que dejan balanceando su miedo en el abismo...

Sin duda, era el más alto de los grandes poetas...
Tuvo el dón de sí mismo...
Y conversaba a gritos con visiones secretas...
Y explicaba a la Noche no sé qué catecismo...

Un día le encontraron debajo de una encina,
completamente muerto, a la hora vespertina...
Sus ojos entreabiertos brillaban como un faro...

Jamás durmió este insomne de las palabras bellas...
Y, como se pasaba siempre de claro en claro,
él fue quien puso nombres a todas las estrellas...

ELEGIA DEL TERREMOTO

El sol, impavidez luminosa del cielo,
enorme, como un pájaro, alza al cenit el vuelo...
Convulsa de iracundia brutal, la marejada,
corona los cantiles con espuma salada...
El viento, estremeciendo lo azur, infla el carrillo,
y toca la trompeta, rompiendo el caramillo...
Con clámides sombrías las estrellas se arropan,
y las nubes, a modo de corceles, galopan...
La plena media-noche es un dolor sonoro
que parte en dos mitades la huella del meteoro...
Tras la solemnidad sagrada de los montes,
nerviosamente inmóviles, callan los horizontes...

En las bestias del bosque, la pavura es como hambre,
La savia de los árboles tiritita en la raigambre...
El alma de las piedras —catalepsia en granito—
sin duda está gritando, pero no se oye el grito...
Y sólo el hombre, ajeno al trágico alboroto,
no siente cómo viene rugiendo el terremoto...

La cólera plutónica ha declarado guerra
a la techumbre roja y a la pared de tierra...
Las iras del subsuelo lanzan sus movimientos
a la inmovilidad que habita en los cimientos...
La Muerte va en las alas del aire de montaña,
y va la Destrucción montada en la guadaña...
El Miedo se devora las manos... Cabe el plinto
donde yace la Ciencia, se ha dormido el Instinto...

La arcaica Estirpe Humana, a quien la Nada asedia,
ignora el viejo prólogo que anuncia la Tragedia ...
Y el hervor rebullente del fuego subterráneo,
en un espasmo lúbrico, salvaje, subitáneo,
remueve el haz terreno ... hace danzar los seres
y hace danzar las cosas danzas de misereres ...
marea los silencios ... aturde los temores ...
congestiona las vidas ... retuerce los dolores ...
decapita las cimas ... invierte las corrientes ...;
y, tensionando el biceps y crujiendo los dientes,
derriba la ciudad, arrasa la arboleda,
se ciñe el manto absurdo de la gran polvareda,
y, con el ruido magno del recio cataclismo,
acezando de furia, blasfema en el abismo.

Ahora han florecido los peores asombros ...
Circulan los infiernos por todos los escombros,
ladrando el psalmo bruto de las ruinas sin nombres ...
Con la estatua del miedo en los ojos, los hombres
culebrean de angustia ... Adentro de la nuca,
como una viejecilla, la vida se acurruca ...
El corazón, él mismo se encabrita y se pierde ...
Y, en tanto que la boca, gritando, se remuerde,
el alma está en los brazos tendidos hacia arriba,
en las pupilas rígidas, en la lágrima viva,
en el adiós tremendo y en el rezo inaudito
que es todo una protesta, por lo intenso del grito ...

Azorados los pájaros, ululan en bandadas ...
Vuelan, despavoridas, hojas desorientadas ...
Los famélicos canes aullan ... En el soto,
los rebaños dispersos balan al alboroto ...
Y se escucha un rugido estentóreo que aterra
y puede ser la queja del eje de la tierra ...

Se ha quejado la tierra ... Los planetas, en corro,
oyeron el rugido que pedía socorro;
y, sin embargo, fueron por el azul celeste,
impertérritamente, cabrilleando la veste ...

El sol doró la escena con algo de fatiga;
después, azuzó grave la rápida cuadriga ...
La luna, que es mujer, tuvo amagos de pena;
pero también lanzóse en la órbita, serena ...
La única que hizo un doloroso alarde
fue la estrella dulcisima, la estrella de la tarde ...

Anaranjó el espacio, parpadeó de amargura,
y caminó el camino que va a la noche oscura ...
Pero lloró la estrella ... Pero se fue llorando ...
Y llorará la estrella, nadie sabe hasta cuándo ...

Mientras la Compasión, trémula de desangre,
hizo en el cielo blanco una gran Cruz de sangre ...

ALAS SOBRE EL ASIA DE LOS PROFETAS

Y fue linaje de aquilón y tromba,
fue casta de huracán la voz del cielo,
que, de la mar en la llanura comba,
me dió el mandato de emprender el vuelo...
Fue voz oriunda del oleaje bruto,
ay de cueva, rugido de espelunca,
clamor de tempestad, grito de luto—,
lo que mortales no han oído nunca...

En los ojos el fuego de la vida;
transparentes las manos y amorosas;
desnudo el dorso; la melena ungida
con unguento de rosas...
Cálices de falerno del instinto;
cantáricas en torno del gran lecho;
en la sien el laurel; la daga al cinto;
y los Siete Pecados en el pecho—,
siete serpientes en un laberinto...

Miembro de tribu ayer en la espesura,
ahora primogénita del viento,
la nave iba sudando espuma pura,
por el agua del Golfo de Tarento...
La insignia del placer izada al tope,
a la vista de morros y peñascos,
parecía corcel puesto al galope,
para romper las olas con los cascos...
Después, rumbo a Creta, era el deseo...
Después, hacia la Acrópolis de Atenas,

para dejar, al fin, el Mar Egeo,
cansado de pecar con sus sirenas...
Grecia, la Grecia... Y, cuando el sol apunte,
que se encuentre el bajel con la delicia
de Paphos, o de Chipre, o de Amatunte,
en las aguas del mar que hay en Cilicia...

Yo fugaba de Italia y de su aroma,
llevándome —bagaje del demonio—
la Roma de los césares de Roma
que pintan las palabras de Suetonio...
Doblemente pagano, repagano,
a la Hélade corría con mi fuego:
el combustible del ardor romano
sobre las ascuas del incendio griego...
Cuando salió la voz del torbellino,
mientras hurgaba el Golfo Tarentino,
y me dijo la voz: Barcos de vela,
asnos del mar, acidia navegante...
Deja el barco, hijo de hombre, deja... Y vuela,
desde hoy en adelante...

Irritados de sol, vahos de Libia
requemaban los vientos...
Debía de encontrarse un tanto tibia
hasta la carne de los peces... Lentos
nubarrones venían del oeste...
Ni una mancha de azul en lo infinito,
como una prueba del dolor celeste,
como un cansancio del color y el grito...

Entonces, y de pronto,
un espasmo magnífico del ponto...
Se hundió mi barco, haciendo unas escalas,
para hundirse en el mar... Me brotan alas
de una carne tan dura,
doradas, de plumaje terco y lasio,
que, por la envergadura,
tienen que ser de un aguilar caucasio...

Surco, de abajo arriba, el viento, en breve...
El lindero de treinta millas topo...
Me siento más liviano que la nieve
en la deshecha poquedad del copo...
En lo interior se mueren mis culebras...
Mi cabellera se da al aire en hebras...
Me transformo... Soy otro... Ya no dura
el pagano de ayer, en esta altura...
Me consume el ardor de los poetas,
me devora el ardor de los querubes...
Y en el Asia inmortal de los profetas
hacen sombra mis alas, como nubes...

Entonces clamo: Jehová, qué has hecho...?
Qué nuevo corazón tu mano aloja
en la carne malsana de mi pecho...?
Como arista, como hoja,
me obligas a volar...? Qué es de mi nave...?
Soy Satán...? Soy Miguel...? O soy un ave...?
Y Jehová, bendito en Sí y su nombre:
Vuela no más, porque ninguno sabe...
Vuela no más, hijo maldito de hombre...
No eres Satán, ni eres Miguel, ni una ave...

Y de Brindis me lanzo a la Panonia,
encima del Adriático y de Iliria;
subo tanto hacia el sol de Macedonia,
que, puesto en el cenit, contemplo Siria...
De mis alas al són, mundos de genios
soportan en sus hombros mi cansancio...
A los montes armenios
acabo de llegar, desde Bizancio...
Después, al Tauro, en voladora lidia...
Después, a la Pisidia...
Y, en sesgo más tranquilo,
como si el ala nueva fuese arcaica,
a las Bocas del Nilo,
esquivando explorar la Cirenaica...

Del Nilo, en pleno arroyo,
a la Arabia Feliz, la del Mar Rojo;
luego al desierto, para hallar Palmira;
después, al Golfo Pérsico, que humea;
y, en el ala colgándome la lira,
al fin, a Babilonia, la caldea...

Llanuras de Ragán, viejas llanuras;
pantanos de Elymáida y sus montañas;
Ecbátana que, al pie de las alturas,
se alegra en las entrañas...

Del cedro, del ciprés, del oro abusa,
ni tiene en el derroche parsimonia,
mata de celos la lejana Susa
y hace morir de envidia a Babilonia...

Campos bitinios y los campos tracios...
Espacios tras de espacios...
Tierras, ciudades, bajo el ala propia:
Paphlagonia, la Caria y la Pamphilia,
Mileto, la Propóntide y Antioquia,
toda el Asia, agrupándose en familia...

Confusos o distintos,
bosques de cedros o de terebintos...

Cargadas de palmeras,
las ciudades rameras,
las grandes meretrices,
pintadas las ojeras
con violados matices;
en la salacidad diestras y agudas;
blasfemas contra Dios; podrido el seno;
carnes flácidas, flácidas, velludas;
revolcándose en sangre, baba y cieno;
borrachas y desnudas...

Yo, que estaba en el aire, vi Damasco,
ciudad de los deleites, en delirio,

como si fuera frasco
de un aguardiente sirio...
Después, fue mi leticia
la gran ciudad fenicia,
por más que ya murió como un suspiro,
en la noche fatal de las edades:
Tyro, la inmensa, la opulenta Tyro,
la ciudad Salomón de las ciudades...

Yo, que estaba en el aire, tal que aroma,
tal que luz y paloma,
yo ví, desde la altura solitaria,
en Chanaán Sodoma
y Sichem en Samaria;
reina del Hermo y reina del Pactolo,
Sardes, en Lydia, al pie del monte Tmolo;
la filistea que la mar corona,
la soberbia Áscalona;
la ciudad de Nachor, junto a los montes,
con unos horizontes,
tan vastamente vastos,
y con una dehesa,
cuyo rumor de pastos
arrulla el sueño en el que duerme Edesa...
Sobre todas, Sidón, ánima y nervio,
que, en nave rota y llena de vestiglos,
conduce el nombre de Sidón soberbio
aguas abajo del vaivén de siglos...

De pronto, mi Señor me dice: Pára...
Y yo: Señor, es rara
tu manera de ser... Hundes mi barco,
en la entraña terrible del gran charco;
mandas que vuele al punto;
y, las alas estando en ir absortas,
Señor, te pones hosco, cejijunto,
y la pujanza de las alas cortas...

No acabé de decirlo... Como harapos
me caen mis dos alas... Como trapos

se agitan en el viento...
El vértigo me aterra...
Me tapo la cabeza con los brazos...
Contra la madre tierra
voy a hacerme pedazos...
Señor, Dios, miserere...
Señor, con tu desaire,
soy el hombre que muere,
en la tierra una vez y otra en el aire...

Y el Señor: Poca fe la del maldito...
Oí tu humano grito...
Te regalé dos alas aquilinas...
Por tu ignorancia y mi piedad, consiento
en que te den un par las golondrinas,
y de muerte no mueras en el viento...

Gracias, Señor... Y descendí, pausado,
sin caer ni en el árbol ni en el prado...

Mi Señor, que sus cosas dictamina
y tiene para mí la mano fina,
aflojó mi Señor, amable, el arco;
dispuso devolverme, al fin, mi barco;
y yo caí, más leve que una idea,
con el par de alas de la golondrina,
en la mitad del Mar de Galilea,
en pleno corazón de Palestina...

Gracias, Señor, en el rosal florido
que canta su cantar de los cantares;
gracias, Señor, en la bondad del nido,
y en la paz de los verdes olivares...

Gracias, Señor, en el metal y el cuarzo;
en la lluvia de abril y en la de marzo;
en el trigal que manchan amapolas;
en el fulgor tardiego del lucero;
en la calma durmiente de las olas,

cuando pasan, cantando barcarolas,
las nostalgias errantes del remero...

Gracias, Señor, en el rumor celeste
con que la luz del sol brota del este;
en el blancor marmóreo de la luna
que hace de plata lírico derroche;
en el helor de la tiniebla bruna,
y en los ojos dormidos de la noche...

En el alma del hielo y del granizo;
en cada cabañal y cobertizo;
en la sangre vertida del cordero;
en el paso rotundo de los años;
en las curvas y rectas del sendero;
en el pastor, el lobo y los rebaños...

Gracias, Señor... Lo quiso mi destino,
que, a veces, es tan fino
como flores de nardos y de acacias...
Ya estoy en el ambiente palestino...
Muchas gracias, Señor... Dios, muchas gracias...

LAS TEMPESTADES DEL ECLESIASTES

I

Vanidad, vanidad de vanidades—,
dijo el Eclesiastés... Vanidad vana,
de toda vanidad de vanidades...

Qué saca el hombre del trabajo intenso
con que se afana bajo el sol...? Qué extrae
de ese afán bajo el sol...? Sobreponiéndose,
edades sobre edades,
generaciones van, se van y tornan,
y la tierra mantiénese inmutable...

Nace el sol, y se pone...
Se pone, y otra vez en orto nace...
Y sigue renaciendo, remuriendo,
la mañana una vez y otra la tarde...

Gira el viento sus giros... Toma rumbo,
y el rumbo circunvala en vueltas de aire...

Acaban en el mar todos los ríos,
porque esa es su manera de acabarse;
mas de aguas de los ríos no rebosan,
no rebosan los mares...
De la mar, otra vez, salen los ríos,
para la romería de los cauces...
Otra vez, para el agua de los ríos,
la espuma blanca y el rodar errante...

Qué cosa no trabaja,
en su modo de cosa...? Entonces, no hable,
porque explicarlo no ha podido el hombre,
el decir nugatorio de sus frases...
No se harta el ojo de mirar, mirando...
Y no hay cansancio que al oído alcance...

Aquello que hasta ahora ha sido, aquello,
qué significa, qué hace...?
Cosa que ha de volver a ser lo sido,
de nuevo a repetirse y no acabarse...
Pues, debajo del sol no hay nada nuevo,
jamás de los jamases...

Qué hay de nuevo...? Quién puede decir nunca
que es esto novedad de novedades...?
La antigüedad antigua de los siglos
ya supo de todo esto y de sus fases...

Cierto que no se guarda la memoria
de las cosas de ayer... Y eso qué vale...?
De las cosas de ahora
nada sabrán los que vendrán más tarde...

Eclesiastés, Eclesiastés, un día,
Predicador, un día, hundi en la carne
mi corazón, tratando
de averiguar qué pase,
qué suceda debajo del sol... Luego
adentréme en mi yo, para el dictamen...
Pues Dios ordena que, pensando en esto,
el humano pensar sufra y trabaje...

Vi todo cuánto bajo el sol actúa...
Vi todo, bajo el sol, con hondo examen...
Y hallé que todo es aflicción de espíritu...
Vanidad, vanidad de vanidades...

No puede enderezarse lo torcido,
no puede enderezarse...

Es infinito el número de necios...
Su número es un número espantable...

Yo mismo me encontré, a mi modo, sabio...
A mi modo, en mi ser, me hallé tan grande...
Nunca en Jerusalem de mi sapiencia
antes hubo rivales...

Mi corazón cogí con mano propia...
Mi corazón cogí, para enseñarle
lo que era desvario, error, locura,
a fin de que cual sabio se portase...

Mucho aprendí... Muy mucho... Si... Muy mucho...
Pero de eso, no obstante,
yo vi que todo es aflicción de espíritu...
Vanidad, vanidad de vanidades...

Ser sabio trae malestar profundo...
Terrible desazón ser sabio trae...

Dice dolor, aquel que ciencia dice,
porque duele, al que sabe, lo que sabe...

II

Y al corazón le dije: Ven ahora,
te ungiré de delicias...
Mas, al fin, vanidad de vanidades,
también las alegrías...

No sé por qué enloqueces, con tu modo—,
en pleno rostro, le clamé a la risa...
De qué sirve todo esto...?—,
le preguntó al placer la boca mía...

Me abstuve, entonces, de beber el vino,
aunque es grata la sangre de la viña,
para que el pobre corazón que es mío,
anduviese a buscar sabiduría...

Quise entender lo que le importe al hombre,
a fin de que razón tenga su vida,
a fin de que con algo de esto ocupe
la poquedad errante de sus días...

Entonces, levanté sobre sus bases,
mis viviendas magnificas...
Edifiqué palacios en que puedan
asirse del placer las alegrías...

Tracé planos de huertos y jardines...
Sembré rosas sativas...
Puse en línea los liños de los árboles...
Hice brotar lo verde de las viñas...

Aprisioné las aguas en estanques...
Las tuve presas, vivas,
con la esperanza, al fin, de que regaran
hasta la yerba del hortal nativa...

Hice una grey de siervos,
un rebaño de esclavas que me sirvan...
Con la presencia de los hijos, múltiple,
acrecí la familia...
Arrebañé rebaños de corderos,
de vacadas sembré las vaquerías,
como en Jerusalem jamás ninguno
ni a pensar se atrevía...

Amontoné la plata sobre el oro...
Sobre el oro, la plata... Pedrerías...
Tesoros, los tesoros incontables
que causaban envidia
al haber de los reyes,
lo mismo que al haber de las provincias...

Para mi casa rebusqué cantores,
y los que tañen cítaras...
Vinieron a mi casa las cantoras,
unas portando el harpa, otras la lira....

De todos los deleites
atraje, en fin, la suave maravilla...
Vasos y jarros de oro
para el vino que beba en la comida...

Sobrepasé en riquezas a los ricos
de mi Jerusalem, deveras rica...

Y, en medio de todo esto, sinembargo,
tuve sabiduría...

Nunca negué a mis ojos cosa alguna
que quisieran copiar en sus pupilas...
Ni vedé al corazón deleite, afecto,
venturas y caricias...
Como era todo de mi esfuerzo el fruto,
era justo gozarlo noche y día...

Pero, torné los ojos a las obras
que lograron hacer las manos mías;
consideré muy hondo la amargura
que me costara asirlas...
Y hallé que todo es vanidad qué vana...
Vanidad infinita...
Y hallé que todo es aflicción de espíritu...
Porque nada es estable en esta vida...?

A la contemplación pasé, más luego,
de la sabiduría...
Vi el error, la locura de los hombres,
su necedad absurda, sus porfias...
Quiénes son ellos... —pregunteme, al cabo—,
para seguir a Dios en su obra misma...?

Como a la luz le vence la tiniebla,
a la ignorancia tú, sabiduría...

Tiene en la frente el sabio entrambos ojos...
Del ignaro, en la nuca está la vista...

Observo, sin embargo, que uno y otro
descienden, muertos, a la misma sima...

Tomé mi corazón, y así le dije:
Eso que al ignorante pasa hoy día,
te ha de pasar a tí, que eres el sabio...
Entraña, en fin, de las entrañas mías,
entonces, de qué sirve
tener sabiduría...?
Vanidad, vanidad de vanidades...
Vanidad inaudita...

Ninguno guarda al sabio en la memoria,
ninguno en la memoria al necio archiva...
Ambos a dos, sepultos en olvido,
son idénticas cosas que se olvidan...

Pensando en esto, el tedio, todo el tedio
que he cobrado a mi vida...

Qué fastidio del sol y de las cosas
que pasan bajo el sol, día por día...
Vanidad, vanidad de vanidades...
Y aflicción del espíritu, maldita...

Detesté, detesté, con toda el alma,
hasta del hijo mío la obra mía...
La obra que hice del hijo, a más de la obra,
bajo el sol, por mi esfuerzo acometida...

Quien venga tras de mí, si será estúpido...?
Si mi hijo, vida de él y vida mía,
si mi hijo, enseñoreado de mis cosas,
todo lo que hice bajo el sol arruina...?
Vanidad, vanidad de vanidades...
No hay, debajo del sol, sabiduría...
Doy de mano estas cosas,
las doy de mano con tristezas íntimas...
No hay debajo del sol, no puede haberla,
no hay debajo del sol sabiduría...

Uno trabaja y el ocioso viene...
Y la hacienda que no hizo dilapidar...
Vanidad, vanidad de vanidades...
Desdicha, la peor de las desdichas...

Qué saca el hombre, al fin, qué saca el hombre
que así su pobre corazón fatiga...?
Qué saca el hombre del afán que ha puesto
tan debajo del sol y a flor de vida...?

Dolor sobre dolor de los dolores,
dolor sobre dolor, tales sus días...
Ni siquiera de noche se recuesta
en cabezal de paz su alma vencida...

No es esto vanidad de vanidades...?
No es esto vanidad que causa grima...?

No sería mejor que el hombre coma,
que el hombre beba no mejor sería...?
Que se regale el hombre en los regalos
que a sí se procuró con ansia viva...?

Quién, como yo, para abundar en mares
de regalo y delicias...?
Quién, como yo, en vestidos,
manjares y bebidas...
Al hombre que le es grato, Dios le manda
dón de sabiduría...
Al torpe que almacena, que acumula,
inútiles cuidados..., qué le asigna...?
Vanidad, vanidad de vanidades...
Y el estéril tormento que asesina...

III

Todas las cosas tienen,
todas tienen su tiempo...

Todo aquello que existe
bajo el dombo del cielo,
está sujeto a prescripción de modo
y a prescripción de término...

Hay tiempo de nacer, recién nacido;
y hay tiempo de morir, cayendo muerto...

En la estación que es ésta, aquí se planta...
En la estación que es ésa, voy y siego...

Tiempo de dar la muerte o dar la vida...
De edificar cabaña, casa, templo,
o de arrancar cabaña, templo y casa
a sus propios cimientos...

Tiempo de gala y de vestido claro;
tiempo de luto y de vestido negro...
Tiempo del lloro, tiempo de la lágrima,
y tiempo de la risa y de sus ecos...

Hay tiempo de esparcir piedras y piedras;
tiempo de recogerlas hay de nuevo...

Tiempo de darse abrazos...
Tiempo de darse abrazos... Y otro tiempo
de deshacer el nudo
que los brazos han hecho...

Hay tiempo de ganancias,
de pérdidas hay tiempo...
Hay tiempo de guardar muy bien guardado;
y hay tiempo de arrojar lejos, muy lejos...

Hay tiempo de romper las vestiduras,
y tiempo de coserlas con remiendos...

Hay tiempo de abundar en las palabras,
y hay tiempo de caer en el silencio...

Hay tiempo para el odio que es el odio...
Hay tiempo para amar de amor... Hay tiempo...
Hay tiempo de la guerra...
Hay tiempo de la paz... Hay tiempo... Hay tiempo...

Qué fruto saca el hombre de lo que hace...?
Yo vi cómo mi Dios le dió el tormento...

Las causas que hizo Dios, todas son buenas,
a su debido tiempo...
Lo que pasa es que el hombre las envuelve
en disputas estúpidas de necios...
A pesar de que el hombre nunca pudo,
de lo que Dios ha hecho,
desde el principio al fin ir ambulando,
pasearse desde lo último al comienzo...

Mejor, estar alegres... Muy alegres...
Y hacer el bien, mientras pasamos presto...
Es dádiva de Dios la mesa lista...
Es dádiva de Dios el vaso lleno...

Todo lo que hizo Dios, todo lo que hizo
permanece perpetuo...
Nadie puede añadir, de más, un ápice...
Nadie quitar un ápice, de menos...
Todo eso que Dios hizo
hecho está, para siempre, porque está hecho...

Lo que tuvo que ser, ya fue y es ido...
Lo que tenga que ser, se hará de nuevo...

Yo, debajo del sol, qué es lo que he visto...?
De la justicia el criínen en el puesto,
la impiedad en lugar del fallo exacto,
la iniquidad en vez del juicio recto...
Cogi mi propio corazón, entonces,
en la cárcel del pecho,
y le avisé que al justo y que al impio
se ha de poner en orden, a su tiempo...

Ah, si los hombres vieran que a las bestias
se parecen... Entonces, los soberbios...
Se parecen, del todo, bestias y hombres,
en sus grandes sucesos...
Muere el hombre, y también la bestia muere...
Sacan ambos su ser del nacimiento...
Con las mismas narices
idéntico respiro dan, idéntico...
Y otras cosas del hombre y de la bestia
que hay que tapar con sombras de silencio...

Vanidad, vanidad de vanidades...
Hombre... Bestia... Exención de qué, para ellos...?
Todos hechos del polvo, en polvareda
han de parar más luego...

Quién es aquel que puede decir algo
si, al escapar del cuerpo,
las almas de los hijos de los hombres
en ascensión ascienden, ascendiendo...?
Quién es aquel que puede decir claro
si el alma de los brutos, en descenso,
viene a caer, tal como si cayera
al seno de la tierra, a él, al seno...?

Mejor, estar alegres... Ocupados
en la propia faena y sus anhelos...
Porque al hombre las cosas del futuro,
quién revela en lo cierto ni en lo incierto...?

IV

Y yo tornéme... Y regresé la vista...
Y, debajo del sol, en tardes y ortos,
pude mirar las lágrimas que lloran
los que, oprimidos, bañanse de lloro...
Pude ver el sufrir desconsolado
de los que a gritos piden un socorro,

sin disponer de fuerzas,
para oponer la fuerza al poderoso...
Entonces, entre muertos y entre vivos,
di preferencia al polvo vuelto polvo...

Mas, después, entre vivos y entre muertos,
los unos y los otros,
hallé que es más feliz el que no nace,
ni es feto, ni es aborto...
El, debajo del sol, no ha visto nada,
no plantó tienda, nó... Ni abrió su toldo...

Hace uno alguna cosa, y ya la envidia
le roe con su morbo...
La habilidad más pobre tiene a cuestras
la tristeza del prójimo,
la sobrecarga bruta
de la carga del odio...
Vanidad, vanidad de vanidades...
Que vanidad es todo...

Hay que ver cómo el necio, el ignorante,
hay que ver, hay que ver a los dos cómo,
cruzándose de brazos,
sin cuidarse ni un punto de los otros,
se ponen a pensar en que más vale
llenar un solo puño con reposo
que llenar ambos puños
con aflicción de espíritu... Uno solo
si ha de llenarse el puño
con la dulce ventaja del reposo...
Bajo el sol, vanidad de vanidades...
El un puño... Los dos... Los dos... Y el solo...

Se va la estupidez del hombre avaro,
sin hijos, sin parientes, que en los ojos
no demuestra ni hartazgo ni fatiga
de mirar los tesoros...

Se ve la estupidez del hombre avaro...
Para quién la riqueza de ese loco...?
La privación absurda, el sacrificio
del más mínimo antojo...
Para qué...? Para quién...? Ah, vanidades...
Vanidad... Vanidad, todo eso... Todo...
Y aflicción del espíritu,
tarde y mañana, en véspero y el orto...

Más vale vivir dos, y los dos juntos,
que vivir uno solo...
Estar acompañado en compañía
es beneficio, al fin, de todos modos...

Si uno resbala, el otro le sostiene...
Si uno se cae, le levanta el otro...

Si se acuestan los dos en una cama
se calientan los dos en sus insomnios...
De qué modo a su cuerpo le calienta
el que tiene un calor, el de él tan sólo...?
Además, se defienden
cuando embiste el ataque de los otros...

La cuerda de tres hilos es la cuerda
que queda intacta en el cordaje roto...

Más vale un joven, si es un joven sabio
que la vejez de un rey, rey viejo y tonto...
De la cárcel salir bien pudo el joven,
como rodar el rey puede del trono...
Yo, debajo del sol, vi que seguían
al muchacho los uno y los otros...

La multitud enorme le precede,
pobre rey, viejo y tonto...
Y es también vanidad de vanidades,
lo del rey, lo del joven, lo del trono...

V

En la Casa de Dios tú considera
dónde has puesto los pies... Abre el oído...
Escúchale al Señor, porque eso vale
mucho más que cualquiera sacrificio...

No te des prisa con la boca tuya,
para el palabrerio...
Tu corazón no agites de vocablos...
Sé parco en el decir... Sé bien medido...
Mira que Dios es el Señor del cielo,
y que es humilde y terrenal tu sitio...

Rebaños de palabras,
greyes de voces, turbas de sonidos
determinan al necio... Los cansancios
hacen quedar dormidos...

Cumple, si has hecho un voto... Mas no lo hagas,
si todavía no lo tienes dicho...

Cuida tu lengua... Cuidala...
Es su modo de ser resbaladizo...
Sin control no la sueltes en la boca...
Puede hacer que tu carne peque a gritos...

No niegues, nó, que existe providencia...
Si la niegas indigno,
viene la mano del Señor y barre
las cosas que son tuyas, en castigo...

Teme a Dios... Donde hay sueños en manada,
hay discursos vacíos...
Vanidad, vanidad y voces vacuas...
El ensueño y la nada son lo mismo...

No te aturdas, si ves cómo a los pobres
la opresión de amarguras ha vestido...;

si ves que la extorsión hace el derecho,
si ves que no hay justicia para el juicio...;
si todo eso tú ves en la provincia,
no te asombres jamás de haberlo visto...
Sobre el poder de abajo
hay el de arriba, entrambos sometidos
a la jurisdicción de Dios, que es todo,
a la jurisdicción de El, para el juicio...

Vanidad, vanidad de vanidades...
Adorar el dinero, hacerlo el ídolo...
Acariciar el oro...
Nunca saciarse de él y de su brillo...
Qué saca el tenedor de esas riquezas...?
Qué saca de ellas, dílo...?
La dicha de tragarlas con los ojos...?
El dolor merecido
de que otros se las coman,
en banquete comido a dos carrillos...?

Qué modo de dormir tan dulce y grato
el del trabajador que está dormido...
Ahito de un hartazgo de riquezas
cómo dormir su sueño puede el rico...?

Ah, debajo del sol, del sol debajo,
no hay sanidad... El morbo es lo previsto...

El dueño del tesoro en el tesoro
halla el microbio de su mal... El hijo
del dueño del tesoro
su vivir vivirá para mendigo...
Salió desnudo del materno vientre,
y volverá a la tierra como vino...

Entonces, para qué el afán absurdo
del metal amarillo...?
Desnudez en el vientre de la madre...
Desnudez en la fosa, a flor de frío...

Comer, siempre en tinieblas,
por más que en sí el bocado es exquisito...
Y en el mantel tristezas, mezquindades,
como manchas de vino...

Bueno es comer, bueno es beber, no hay duda,
la razón controlándole al instinto...
Dios da, para comerse, la comida...
Dios da carne, da pez, da pan y vino,
para que se use de ellos... Yo, debajo
del sol, lo tengo visto

Del que gana su pan, su vaso de agua,
pasan los días con qué amable ritmo...

VI

Común a los mortales
he visto todavía otra miseria...
Yo, debajo del sol, del sol, comprendo
lo espantoso que es ella...

Ved al hombre que Dios colmó de dones:
honra, poder, hacienda,
lo que anheló su corazón y quiso
con el alma sedienta...
Sin embargo, él no come su comida,
ni bebe del licor que da su cepa...
Los devoran extraños,
los gozan las personas forasteras...
Vanidad, vanidad de vanidades...
Enfermedad que hasta matar enferma...

Supongamos que engendré cientos de hijos,
que viva largo una centuria entera,
que sume a la centuria todavía
la etapa de otro siglo...; no aprovecha
si no se harta de bien, hurtando el alma
al áspero poder de la materia...

Si muere y si no tiene sepultura,
ni siquiera la humilde fosa negra,
yo digo que es peor que el abortado—,
que el feto es más, piltrafa así sangrienta...
En vano viene al mundo el abortivo...
Llega en tinieblas...; parte a las tinieblas...;
su nombre es cobijado
con mar de sombras y de noche eterna...;
no conoció qué es sol, no pudo nunca
imaginar la estrella...
No conoció qué es sol, pero reposa...
No anduvo, pero yace en forma quieta...
No acertó con vivir, pero descansa...
Y no el rico, riquísimo y sin huesa...

Veinte siglos de vida de qué valen,
si el avaro no goza de su hacienda...?
Tiene que ir a parar, al fin y al cabo,
allí donde la muerte es quien ordena...

Todo aquello que el hombre
adquiere en sus faenas,
todo eso que acumulan sus trajines
y al vaivén de las horas le almacenan,
todo es para saciar sólo la boca,
la sedienta, la hambrienta...
Todo es comer... Y el alma, con comida
no es posible que se harte y quede llena...

Qué ventaja le toma al ignorante
el dueño de la ciencia...?

En busca de la vida ha de ir el pobre,
lo quiera o no lo quiera...

Vale tener las cosas ya bien vistas,
no anhelar lo que apenas se sospecha...

Vanidad, vanidad de vanidades...
Ah, debajo del sol, vanidad ésta...

Quien en el vientre de su madre se halla,
con que le han de poner el nombre cuenta...
Se sabe de él que viene, que es humano...
Que con Dios, en contienda,
no ha de entrar, porque Dios, que es el más fuerte,
dispone por completo de la fuerza...

Mucho se habla de todo...
Tantas disputas por las cosas éstas...
Vanidad, vanidad de vanidades...
La vanidad completa...

VII

Qué anda el hombre indignando a todas horas...?
no ve cómo sus días se le pasan
al modo de una sombra...?
Por qué inquirirlo todo, todo, entonces,
y en semejante forma...?
Quién le puede enseñar lo que debajo
del sol pasa cada hora...?
Lo que siga pasando, cuando pase
por las fauces abiertas de la fosa...

Vale más, mucho más la buena fama
que ungüentos, que perfumes y que aromas...

El día de la muerte, ese es más día,
que el día del nacer y de su aurora...

Mejor que ir a la casa del banquete,
es marcharse al velorio y a sus cosas...
A vista de los muertos es que viene
la gran postrimería a la memoria...

Mejor es el enojo que la risa...
Si la tristeza en el semblante mora,
el corazón corrige sus errores
con corrección que asombra...

En la casa del luto, allí los sabios...
Los necios en la orgía que trasnocha...

La reprensión del sabio a todas veras,
y no del hombre tonto la lisonja...

Nó la risa del tonto, nó... La risa
con que ríe el idiota,
la risa crepitante a la manera
del ramojo encendido para la olla...

Al sabio la calumnia le enloquece,
le agita el corazón como sobre olas...

Siempre es mejor el fin, él, que el principio...
es mejor el que sufre, que el que se osa...

No apresures las iras de tu espíritu...
Patrimonio del necio es la ira torva...

No formules la estúpida pregunta
de por qué lo pasado es más que ahora...
Estúpida pregunta...
Ayer mejor que el hoy...? Cosas.. Qué cosas..

Buena es la ciencia con dinero, buena...
El oro y el saber de escudos obran...
Mas la sabiduría da la vida
a todo aquel que con amor le toma...

Mira la obra de Dios... No existe mano
que pueda hacer enmiendas a tal obra...
Quién endereza lo que fue torcido...?
Quién añade, corrige, muda, borra...?

Goza, el día de bien, del bien que traiga,
y acéptale, al mal día, el mal que ponga...
Dios hizo entrambos días, bueno y malo,
venturas y congojas;

y los hizo seguidos, porque el hombre
entre los dos no encuentre mayor cosa...

La vana vanidad que está en mis días
lo que ha visto, corriendo por las horas...
Perece el justo en la mitad apenas
de la justicia de él y de sus obras;
perece en la mitad del justo juicio
y cede al soplo que la muerte sopla...
El malvado, el impío y el perverso,
ni mueren ni se agotan;
alargan yo no sé cómo, sus días,
alargan, los alargan, los prolongan...

Por decirte más justo,
pues eso te acomoda,
tú no traspases la justicia nunca,
ni trates de inventar, una tras de otra,
justicias a tu modo y tu manera,
justicias tuyas, tus justicias propias...

Ser sabio con exceso... Nó... Nó... Nunca...
Puede volverte lo excesivo idiota...

No hagas el mal a diestra y a siniestra,
con las olas del mal no hagas tanta ola...
Pudiera que la muerte, antes de tiempo,
se te cruce en los pasos y te coja...

Bien está que tú tomes, que tú apartes...
Pero, cuando socorras,
acuérdate de todos,
del justo y del injusto... Surge y flota
aquel que teme a Dios y no desecha
miseria alguna que a su puerta toca...

Fortaleza de diez, la de diez hombres,
al sabio la sapiencia da y otorga...
Fortaleza de diez hombres fortísimos,
que guardan la ciudad y le hacen ronda...

En la tierra, también el justo peca,
no obstante de que es él misericordia...

No escuches qué conversen los corrillos...
No vaya a resultar, hombre, la cosa
de que a tu oído lleguen los insultos
con que insulta tu siervo a tu persona...
Tú también insultaste muchas veces,
con palabras que queman voz y boca...

Yo, tratando de hacerme sabio, supe
de todas estas cosas...
A mí mismo me dije: He de ser sabio...
Mas la sabiduría, esquivada y hosca,
partió de mí, lejana...
Se me perdió, remota...
En sus profundidades infinitas
cuál es el hombre que ha de echar la sonda...?

Mi espíritu corrió de parte a parte,
mi espíritu saltó de cosa en cosa,
mi espíritu de ser en ser anduvo,
para entenderlos cómo son, cómo obran...
Para de la razón dar con la clave,
y al sentido común rendirle la honra...
Para ver la malicia del estulto
y el torpe desvarío del idiota...

De todo eso, qué hallé...? Que es más amarga
la mujer que la muerte... Dogal, sogas
y lazo de cazar los corazones...
Su corazón la red enredadora...
Sus manos ligaduras,
los grillos que aprisionan...
Huye de ella el que es grato a Dios, la huye...
El pecador se enreda a toda costa...

Esto, sólo esto hallé, sólo esto y esto—,
dice el Eclesiastés... Fui tras las cosas,

como fui tras los seres,
para entenderlos y saber cómo obran...
Para hallar la razón que exista en ellos...
De esa razón la mía en pos va loca,
le persigue, le busca y no le encuentra,
a pesar del afán de tantas horas...
Entre mil hombres pude hallar un hombre...
Mujer entre mujeres...? Ellas... Todas...

Sólo esto hallé... Dios hizo al hombre recto,
y en las redes él mismo se coloca...

VIII

Quién es igual al sabio...? Quién conoce
lo que quiere decir esta parábola...?
Al sabio, la sapiencia
le resalta en la cara...
La antigua terquedad de su semblante
desaparece ináspera...

Lo que Dios ha jurado hay que guardarlo
y del rey las palabras...

No te apartes de Dios, no te apresures
en retirarte de El a la distancia...
El puede hacerte todo lo que El quiera,
no demores, por eso, en cosas malas...

Deveras, su mandato es poderoso...
Ninguna voz humana
ha de osarse jamás a preguntarle
por las cosas que El haga o que deshaga...

No ha de venir el mal contra ti nunca
si guardas el precepto que Dios manda...

El tiempo y la manera sabe el sabio,
de dar curso correcto a cada causa...

Tiempo y sazón... Sazón, sazón y tiempo
hay para todo... Y en el hombre es vana
la ansiedad de indagar lo que él ignora...
A qué preguntas sin cesar y tantas...?
Del ayer, ni una jota, ni una sílaba...
Ni un pronóstico, al menos, del mañana...

No tiene potestad el miserable
para en su cuerpo retener a su alma,
y prolongar los días de la vida
conforme al gusto de la propia gana...
No tiene potestad —si la tuviera...—,
no tiene potestad, por más que brama,
sobre el día terrible de su muerte...
Para la guerra de tal día, qué armas...?
Qué proyecto de tregua
durante ese combate que amenaza...?
La impiedad del impío no le vale
contra la hora del día en que él se marcha...

Lo que debajo está del sol, yo he visto...
Lo que debajo está del sol, por mi alma,
pasó como en tamiz... Lo que debajo
del sol existe hurgué con la mirada...

Ví que un hombre domina sobre el otro
y ví que, a veces, del dominio saca,
en lugar de algún poco de ventura,
un mundo interminable de desgracias

Ví que el olvido envuelve,
a modo de mortaja,
la memoria y el cuerpo de los buenos...
Pero yo ví también la ciudad santa,
y en ella del impío
la memoria guardada...
Vanidad, vanidad de vanidades...
La vanidad que es vana...

Porque ven que no cabe
sobre las obras malas,
con el rigor del caso,
la sentencia inmediata...;
porque eso es que los hijos de los hombres,
de pecar no se cansan...

A mí, por el contrario,
esta misma paciencia soberana,
esta gran dejadez para el castigo,
casi esta tolerancia,
me hacen pensar en que serán dichosos
los que temen a Dios y a Dios acatan...

No prolongue sus días el impío...
Pase el impío cual la sombra pasa...

Hay otra vanidad de vanidades...
Gentes justas y santas
padecen, como si ellas
hubieran cometido acciones malas...
En tanto, los impíos
qué de venturas sanas,
como si la virtud fuera con ellos,
y habitaran los méritos su casa...

Por tanto, yo he loado la alegría,
la del justo, celeste en su bonanza...
Dios, debajo del sol, les dió a los otros
que coman sus pitanzas,
que beban sus bebidas,
que usen sus joyas y sus ropas caras...

Yo dí mi corazón a la faena
de ir en pos de las causas;
y quise comprender por qué este tedio,
esta flojera en las humanas almas...
Hay hombre que los párpados no cierra
de noche ni de día... Entrambas garras,

el ave del insomnio,
en los ojos, le clava...

Las obras que debajo del sol se hacen
no a comprender alcanza
la poquedad del hombre... Miente el sabio,
miente a toda palabra,
si dice que alcanzó el conocimiento...
Le buscan, ya lo sé, pero no le hallan...
Mientras más se trabaja por hallarle,
más distante de hallarle se trabaja...

IX

Todas las cosas éstas
averigüé muy bien y con qué tino...
Los justos y los sabios y sus obras,
por la mano de Dios están asidos...
No ignora el hombre que hay amor y hay odio,
mas sabe de cuál de ellos él es digno...?
Qué ha de saber... Si todo se reserva
para sólo el después definitivo...

Las cosas hoy suceden a los hombres
de un solo modo... De uno, que es lo mismo:
lo que la pasa al justo
le acontece al impio;
lo que al bueno le ocurre,
lo que le pasa al limpio,
eso mismo acontece con el malo,
con el hombre no limpio...
Lo que pasa a los unos, a los otros
les sucede, eso mismo...

Igual al que las víctimas presenta
que al que jamás ofrece el sacrificio...
Al pecador y al inocente, a ellos,
de una manera idéntica y lo mismo...
Lo mismo al que juró la verdad pura
que al que dice el perjurio... Ah, sí... Lo mismo...

Ver debajo del sol esto es terrible...
Un azar para todos... Uno... El mismo...
La malicia, por eso está llenando
el pecho de los hombres y sus hijos...
El esponjado orgullo,
la locura al principio;
soberbia, aturdimiento, ambos mezclados,
mientras la vida dura en su camino,
y después la morada de los muertos,
el fallo inapelable del gran juicio...

Más que el león difunto
vale el can que está vivo...
Quien de inmortal presume...?
Sabén que tienen que morir los vivos,
pero hay para sus cosas la esperanza
del que quiere volver arrepentido...
Nada saben los muertos... Nada saben...
No pueden hacer méritos los idos...
Ya duermen con mortaja de silencio,
con sudarios de frío,
en un lecho de polvo,
el sueño de la noche del olvido...

Sus odios ya pasaron,
pasaron sus amores, asimismo...
Sus envidias, sus celos, junto a ellos
se han quedado dormidos...
No más lo que debajo del sol haya
les será conocido...

Ah, los muertos... Los muertos ya no tienen
su parte en este siglo...

Anda y come tu pan, el pan que es tuyo...
Anda y bebe tu vino...
Alégrate con vino y pan, que acepta
tus obras el Altísimo...

Peina tu cabellera con unguento...
Pulcro y blanco, tú lleva tu vestido...
Los días de la vida instable goza
de tu mujer con el amor tranquilo...
Que, debajo del sol, te ha sido dada
la poquedad de un término así fijo,
para que goces los amores puros,
los castos, y los santos, y los íntimos...

Haz todo el bien que puedas, y hazlo pronto...
Aprovecha del tiempo en que estás vivo...
No ves que en el sepulcro, al que caminas,
día y noche corriendo su camino,
no hay pensamiento, no hay, ni obras ni ciencia,
no hay razón, no hay instinto...?

Ah, debajo del sol... Torné yo, entonces,
a diversos motivos...

No ganan la carrera los ligeros,
ni porque son aligeros...

No ganan las batallas los valientes,
de la victoria dignos...

No es el pan para el sabio... El pan no es cosa
que para el sabio se hizo...
Tal como no es jamás para el que es docto,
la riqueza del rico...

Al verdadero artista
la fama se ha prohibido...
Como cosas de azar y a la ventura...
Tal, debajo del sol, lo que yo he visto...

Sabe el hombre su fin...? En él, él cae,
como el pez en la red... Ah, pececillo
que se mete en la red... Como en el lazo
entre los matorrales escondido,
las aves voladoras,
para nunca volver más a los nidos...

Ave en la trampa, pez en el anzuelo,
así el hombre y sus hijos,
cuando en la adversidad, que caza y pesca,
hace uso de los negros artificios...

Ah, debajo del sol, también, por último,
lo que yo tengo visto...

Una ciudad pequeña y despoblada
contra la cual un rey pujante vino...
Dentro de la ciudad un hombre pobre,
pero de ciencia rico...
La ciencia de este pobre de riquezas
que salva la ciudad del rey que vino...
Y, a pesar de todo eso, para el sabio
la recompensa absurda del olvido...

Si la sabiduría
vale más que la fuerza, por qué, a gritos,
contra el saber del sabio que está pobre,
el crimen del desprecio y del olvido...
Por qué de no hacer caso a sus consejos
el bárbaro delito...?

Las palabras del sabio son oídas
en la vasta amplitud de un gran mutismo...
Y no las tonterías de los príncipes
que gritan necedades en su grito...

Ah, la sabiduría
vale más que las dagas en los cintos,
los fusiles al hombro, las espadas,
el espolín de acero y los cuchillos...

X

El que peca, las cosas que destruye...

A las aguas de olor del perfumista,
cuando caen las moscas y allí mueren,
contagian un olor de agua podrida...

El más pequeño error quita sus glorias
a la sabiduría...

Al lado de la mano
derecha el corazón del sabio habita...
Junto a la mano izquierda
el corazón del insensato anida...
Y el necio —porque es necio— el necio cree
que a todos es común la tontería...

Si el espíritu estúpido del príncipe
contra tu yo se lanza en embestida,
no corras de tu puesto... Tú, resístele,
porque con eso, cuánto mal se evita...

Otro desorden hay, que tengo visto,
por debajo del sol... Y es obra inicua
del error del de arriba...
La estupidez sentada, como en trono,
y a la más alta dignidad subida;
mientras debajo de sus pies demoran
virtud, sabiduría,
prudencia, entendimiento,
el alma noble y la conciencia limpia...
A caballo, a caballo los esclavos,
bien plateadas las bridas...
Mientras tanto, los libres y los buenos,
que transiten a pie, cuando transitan...

Quien abre el foso, para que otro caiga,
por abridor estrenará la sima...
Quien raja leña, tras cortar el árbol,
se hiere con astillas...
Y el que transporta piedras,
con piedras se lastima...

Hay que amolar el hacha y el cuchillo,
si se quiere que sirvan...
Mal afilada el hacha,

de un esfuerzo más grande necesita,
si ha de rajar el tronco
haciéndole que sangre por la herida...
Así, tras de la industria
va la sabiduría...
El hierro que se embota
no corta como ayer, si no se afila...

El áspid, la serpiente,
la venenosa víbora,
cuando el encantador no les encanta,
llegan astutas y los dientes hincan...
El detractor oculto, de ese modo...
El lenguaraz, así, como las víboras...

De la boca del sabio,
las palabras con gracia se deslizan...
Las del necio, qué torpes que le salen,
para la propia ruina...
Necedad, necedad, cuando comienza...
En medio del discurso, tontería...
Y locura después, pura locura,
cuando el habla termina...

El necio multiplica las palabras...
El tonto, por hablar, las multiplica...
Ignora qué haya sido
antes de que viniese a ser la vida...
No conoce el ignaro ni el camino
que hasta la ciudad guía...
Quién le puede enseñar...? Aflicción grande
es el fruto fatal de esas fatigas...

Desdichado de ti, país del mundo,
desdichado con mares de desdichas...;
país que tengas por mandón un niño,
apenas arrancado a la nodriza...
Desdichado país donde los jefes,
se dan a la comida,

tan pronto como Dios prende en el cielo
la lámpara del día...

Feliz la tierra cuyo rey hidalgo,
dechado de noblezas, de hidalguías,
es un mozo robusto,
un hombre de los años en la cima,
un vigoroso anciano en cuyo espíritu
no cayera la escarcha de los días...
Feliz la tierra cuyos jefes comen
a la hora natural de la comida;
comen para vivir, no por deleite...
Pan, legumbres y el agua que Dios vino...

La techumbre se viene abajo, al cabo,
de la pereza a la cansada vista...
Por no tapar goteras, en la casa
se tamizan la lluvia y la llovizna...

Por el placer se tiende los manteles,
se colma de manjares la vajilla...
La sangre de las vides,
se huella en la vendimia,
y se vierte en las copas
por hacer más alegre toda risa...
El dinero lo paga...
El arca está repleta... Pues, que siga...

Mas, tú, tú, no murmures
del rey ni le maldigas...
Ni en pensamiento, al jefe de tu pueblo
agredas con palabras agresivas...
Tampoco, en el secreto de tu cámara,
del poderoso los defectos digas...
Si te escuchan las aves, tienen alas...
Si te escuchan los pájaros de arriba,
pudieran aprender las voces tuyas,
volar donde convenga y repetirlas...

XI

Echa tu pan al agua que es de todos,
y de todos serán el pan y el agua...
Echa tu pan a la corriente de hombres,
y lo hallarás mañana...

Reparte a cien, a mil, a los que puedas;
pues no sabes el mal que acaso caiga
sobre la tierra... Sé como las nubes,
que, si pasan de lluvias bien cargadas,
sobre el haz de la tierra,
parándose en el aire, las derraman...
Sé como el leñador, que no se cuida,
en campo abierto y fuera de montaña,
de que el árbol que corta
al Aquilón o al Mediodía caiga...
Ha de quedar el árbol
donde al acaso le plació que yazga...

El que demás anota
por dónde el paso de los vientos anda,
ese no siembra nunca...
El que se aferra mucho en que, por bajas
o por altas, las nubes,
son así, de este modo, toma y daca,
ese a la siega no ha de darse nunca,
esquivando hoces a las gotas de agua...

La obra de Dios, del Hacedor de todo,
no puedes entender, hagas lo que hagas...
Ignoras de qué modo,
trayendo algún camino, viene el alma,
y en el cuerpo que Dios le ha señalado
con precisión se encarna...
No sabes cómo el vientre de las madres
cra los huesos y el vivir prepara,
compagina las carnes, las ordena,
al milagro de Dios abre la entraña,

y espera que otra vida llegue al término
de abandonar el claustro que le enclaustra...

Tú siembra tu simiente...
Tú siembra tu simiente de mañana...
Y tu mano, de tarde, no descansa
encima de la tierra bien sembrada...
Puede trigo nacer allí primero...
Nacer puede primero allí zizaña...
Mejor, si brotan juntas
las dádivas del trigo y la linaza...

Dulce cosa es la luz y es deleitable
a los ojos el sol y a la mirada...

Mas, si el hombre viviere muchos años,
la dicha en tantos años siempre intacta;
y si luego trajere a la memoria
de las tinieblas la presencia amarga,
el mar de las tinieblas
que ayer le circundara,
dirá ser vanidad de vanidades,
dirá ser todo aquello cosa vana...

Alégrate, mancebo, en los holgorios
que ahora te depara
tu florecida mocedad...; disfruta
de los días que a tu alma
la juventud aporta
como abundante dádiva...;
anda en la vista de los ojos tuyos,
del corazón en tus caminos anda...
Mas, cuidate, mancebo...
Mancebo, el juicio tarda...
Pero Dios juzga de las cosas éstas,
cuando las cosas éstas ya se acaban...

Quita del corazón el fiero enojo...
Todas tus iras de tu pecho arranca...

Los vicios de tu carne, vicio a vicio,
incauto mozo, de tu carne aparta...

Vanidad, vanidad de vanidades,
mocedad; juventud... Dos cosas vanas...

XII

Acuérdate de Dios, hoy que eres mozo...
Vendrán las horas de la edad madura,
vendrán los malos días en que sepas
que la etapa senil produce angustia...

Acuérdate de Dios, hoy que eres mozo...
Mucho antes de que el sol que hoy tanto alumbra,
con el golpe de luz que dan sus rayos
golpee envano en las pupilas tuyas...
Ahora, que te es dado
el sentido completo de la luna...
Ahora, que es posible en las estrellas
la sideral lectura...
Ahora, que no alternan, invernales,
los negros nubarrones y las lluvias...

Ahora, que no tiemblan
tus piernas de flacura...
Ahora, que tus hombros
soportan un comienzo de centuria...
Y nó cuando se corren las ventanas
de tus ojos, en són de sombra pura...
Y nó cuando no tengas ya ni muelas
para tragarte, entre ellas, amarguras...

Hoy que tienes —ahora—, en la garganta
la voz como de música...
Y nó cuando la voz cascada roce
encías que no tienen dentadura...

Las puertas cerrarás, porque ninguno
te vea desdentado... Nunca... Nunca...
Evitarás salir hasta la noche
ni aun del ave por la voz nocturna...
La canción de las hijas de los cantos
ya para ti no han de tener más música...

Tendrás miedo a golpearte, en los dinteles,
o la frente o la nuca...

Miedo de tropezar en los caminos,
miedo al recodo y a la curvatura...

Tu sien florecerá, como el almendro,
un poco de granizo, nieve, alburas...

Te hincharás a manera de langosta,
que devora los árboles de gula...

Ni siquiera un bocado de alcaparras
para tu boca muda...

En tu torno andarán las plañideras,
porque ya tienes un oler a tumba...

Antes de que se rompa la cadena
de plata: este fulgor de tu hermosura...
Antes de que se rompa el cuenco de oro:
tu juventud robusta...
Antes de que la vida, que es el cántaro,
contra tu frente estrelle el agua turbia...
Antes de que reviente la polea
y dé tu sangre con el agua sucia...

Antes, mucho antes de que el polvo torne
a la tierra dispuesta en sepultura...
Antes, mucho antes de que el alma parta,
en línea recta, al juicio del que juzga...

Vanidad, vanidad de vanidades—,
dijo el Eclesiastés, con pena suma...

Sin término, los libros se producen...
Para qué dispersar literatura...?

Teme a Dios... Teme a Dios... Guarda el mandato
que su palabra percibió absoluta...
En guardar el mandato que Dios puso,
todo el hombre está allí... Todo él, no hay duda...

Lo demás...? Vanidad de vanidades—,
dijo el Eclesiastés, con amargura...

VILLANCICO DEL ESTABLO

Una joven y un viejo—
Ella en pos de él—, caminan al reflejo
del sol que en el ocaso colorea...
Vienen, desde el villorrio tan malquisto,
a Belén de David y de Judea...
Ella, María, en Nazareth nacida,
y él, su esposo, José de Galilea...

Ramas del tronco de David robusto,
oriundos de David, en Belén cumplen
con el edicto que ha mandado Augusto...
Y no saben los dos que, en este día,
el día de los días,
van también a cumplirse
todas las voces de las profecias...

Prodigio de hermosura,
mira la joven con mirada pura...
Tiene las manos hechas de azucenas
que en harina morena
amasara el jardín... Lumbre de cirios
ardiendo en luz oscura, sus pupilas
se posan en los lirios,
blancos los unos y los otros lilas...
Mientras su alma inocente en Dios se asombra,
su corazón en el Señor se clava,
y se acuerda de ayer, cuando, a la sombra
del hogar nazareno, se hizo esclava...

—Engrandece al Señor, alma, alma mía,
porque te esclavizó para sus dones,
y porque desde ahora han de decirme
la Bienaventurada las naciones...

Un sonreír celeste es lo que basta
para inundarle el rostro de algo santo...
Se vé su gravidez, pero qué casta,
entre los pliegues múltiples del manto...

Aceza fuerte, al ascender la cuesta...
Se apoya firme en una vara amiga...
Pero esto no es dolor... Esta no es, ésta,
la gravedad materna de la espiga...
Es Dios lo que María en Ella gesta,
y es el peso de Dios quien le fatiga...

Envuelto en años, el solemne viejo
frunce la ancianidad del entrecejo,
calcula con los ojos la distancia
que falta todavía
para llegar a la vecina estancia,
guiados por la lámpara del día;
suspira un poco, se entristece mucho;
y, al ver que se detiene la señora,
se limpia con la manga de la túnica
las dos gotas de lágrimas que llora...

Tacita, la tacita hecha de plata,
Bethlehem de Judá, llamada Ephrata,
asoma entre paisajes pensativos,
al aire dados sus runcios ledos,
más allá del verdor de los olivos
y de la amarillez de los viñedos...

Como miran los ojos con ojeras,
mirando están, marchitas, las palmeras
el paso de las aguas del molino...
Se huelen las dehesas a rebaño...

Y abre sus alas la inquietud del trino
En la paz de los árboles de antaño...
Un trigal que salpican amapolas,
un trigal que se encuadra con higueras,
un trigal que, a sus anchas y a sus solas,
suspira por morir en las paneras;
un trigal hoy se sorbe el alma fina
de la viña más viña que se ha visto,
porque zumo de vid y pan de harina
sangre y carne han de ser de Jesucristo...

Bethlehem de Judá yace a lo lejos,
como copo de lana,
de lana joven de corderos viejos...
Jerusalem... Y, entre la tarde oscura,
la sepultura de Raquel, dormida
en aquella vejez de sepultura...

Entran los dos y piden hospedaje,
de mesón en mesón... Y nada... Nada...
El cansancio del viaje,
el sol de la jornada...
La Virgen Madre que comprende cómo
de su vientre el acervo
ya completó los ritos de la vida,
para que nazca a su vivir el Verbo...
Lumbre de hogar— siquiera la candela,
que alumbra, que calienta, que consuela...
La sobra generosa de cariño
en las dulzuras del paterno pecho...
La falta de pañales para el niño...
Para la Madre, el más humilde lecho...
Siquiera la costumbre
de que a la vida lleguen nuevas vidas
debajo de techumbre...

Posada por posada,
romeros esos dos... Y nada... Nada...

Para esta vida nueva,
pañales hechos de nocturnos lutos,
el suelo emboñigado de la cueva
donde se acogen a dormir los brutos...
Para Dios, que se ha vuelto así de chico,
la doble compañía
del buey y del borrico...
Dolor de los dolores y molestias...
Y hacer la cama, con quitar del heno
a las bocas piadosas de las bestias...
Qué modo de nacer del Nazareno...

Lavarle no... Nació limpio de mancha...
No se lava la nieve ni el armiño...
Sobre las pajas le tendió su madre,
y se durmió sin sollozar el Niño...
Se durmió, como duermen los infantes,
con un sueño profundo,
inconsciente, cual todos,
de que acababa de llegar al mundo...

Sin embargo, qué dádivas tan puras
las que el Padre aprestó, por Padre listo:
—Gloria a Dios el Señor, en las alturas,
y en la tierra, a los hombres, paz y Cristo...

RAZA DE LOS PASTORES DE MADIAN

Y sucedió, a la faz del mediodía,
que, al abrear en la cañada umbria,
la flor de los rebaños,
el lobezno, escapado a la camada
atacó la manada,
llevándose un cordero de dos años...

Hacia el orto del sol, otro lobato,
por entre los matorros del regato,
hurtándose al latir que late el perro,
asomó la cabeza de asesino,
y a pleno sol reconoció el camino,
para bajar, de noche, desde el cerro...

Multiplan guaridas las loberas,
en grutas agrias de arenisca y toba,
pues anda prodigando primaveras
la función maternal de cada loba...

Para el pastor, entonces, qué reposo...?
Loboso el campo de Belén, loboso...

Qué paz para el pastor...? Pero él bien sabe,
para templar las iras y los nervios,
un conjuro de ayer contra los lobos,
un conjuro que han dicho los Proverbios...

Considera el aspecto, pastorcillo,
de las manadas tuyas...
Tú pon tu corazón en tu rebaño,

la caricia cordial no la rehuyas...
Vendrá la yerba, surgirá la grama,
y segadas serán sobre los montes...
Ama tu grey, y los rediles ama...
En hilo, para hacerte vestiduras,
los corderos convierten las pasturas...
Las cabras del acampo
te dan para que pagues, algún día,
el precio en que comprado hayas tu campo...
Y luego añade: muertes, muerte, robos,
que consuman las fauces de las fieras...
Tu mano, Jehová, mate los lobos,
así como se den en las loberas...

Esta noche, en Belén la pastoria
grita tenaz la vigilante bulla;
porque el furor lobuno, allá, a lo lejos,
ladra al comienzo y al final aúlla...
Van a venir los lobos esta noche...
Los lobos trasnochados, nocharnegos...
Van a venir los lobos esta noche...
Por eso balan largo los borregos...

Los lobos bajarán de la montaña...
Que guarde el cabañero la cabaña...

Los lobos han dejado las loberas,
para atraer corderos y corderas
con infernal hechizo...

Que Dios nos libre de las bestias malas...
Que no duerman ni un sueño las zagalas,
sino estén al umbral del cobertizo...

Van a venir los lobos esta noche,
rebaldán, mayoral y cabrerizo...

Al són nocturno de la pastorela,
no duerme, pues, la pastoria, vela...

Vela y dice el relato legendario
que los pastores de Madián trajeron
quién sabe en qué remoto milenario...;
añora la pastura de Ur lejana,
pastura verde con sabor a leche,
pastura crespada con olor a lana...;
cómo deba de estar la pastoria
que en las faldas del Líbano se cria,
comenta con la flor de las palabras...;
subraya bien con ademanes bastos,
ágiles los decires, tal que cabras,
fresco el sentir, a modo de los pastos...
Languidecen después, en los langores
de un silencio propicio a los arrobos...
De ese modo le viene el duermevela
y, al fin, la pesadilla de los lobos...

Sueño profundo ahora... Los zagales
dentro de los pellicos,
sobre los cabezales...

Sueño profundo de la nocturnancia,
con aullidos de lobo a la distancia...

El rescoldo muriente en la ceniza...
La mudez de la noche en la techumbre
de la choza, el chocil, la cabreriza...

Sueño profundo, el sueño
que embriaga como embriaga el vino rancio,
y que tiene disuelto un gran beleño,
el activo beleño del cansancio...

Sueño para dormir toda la noche,
aunque la pesadilla haga corcovos...
Sueño para ser sueño a pierna suelta,
aunque ladren las hambres de los lobos...

Derrepente, un rumor en la campiña...
Un ruido en las alturas... Algo extraño...

Laten los perros, gruñen...
Hay pavor en el alma del rebaño...
Los árboles se agitan en las hojas...
El agua se desborda en las riberas...
Es medianoche, y un claror apunta,
allá, por la mitad de las praderas...

Vienen los lobos nocharniegos, vienen...?
Los lobos trasnochados...?
No les sienten que vienen los corderos,
o siquiera las yerbas de los prados...?

El ángel del Señor anda estas horas,
de cabaña en cabaña,
despertando pastores y pastoras...

A Belén... A Belén, zagales míos,
que ha nacido el Pastor de los Judíos...

El incendio celeste
del ángel acentúa sus fulgores,
y de pronto contagia del incendio
la figura rural de los pastores...

Nunca miedo mayor tomó sus almas...
Se estremecen las palmas,
doblándose al simún... Corre el cervato
que sigue la jauría, tiembla y cae,
bañado de sudores...
Nunca miedo mayor como este miedo
que inunda el corazón de los pastores...

No temáis, zagalillos asustados...
Os anuncio el gran gozo:
acaba de nacer en un pesebre
el Señor que es el Cristo...
Ya nació el Salvador de los humanos,
en la ciudad davidica, zagales...
Le encontraréis tendido en el pesebre

y envuelto en los pañales...
Pastorias, humildes pastorias,
pastorias del valle y de la sierra,
ya descendió el Mesías,
vistiendo carne de hombres, a la tierra...

Ya vino, como estaba bien previsto,
a ser hermano vuestro Jesucristo...

Tintinean las vidas de leticia...
La celestial milicia,
ángeles, querubines,
acompañados de arpas,
y al són de los violines,
con las voces más puras,
inunda de este canto los confines,
de este canto que al mismo Cristo encierra:
Gloria a Dios... Gloria a Dios en las alturas...
Y la paz a los hombres
de buena voluntad sobre la tierra...

Gloria a Dios... Gloria a Dios, que engendró a Cristo
por obra del Espíritu, en el vientre
de la Virgen judía...
Y la paz a los hombres en la tierra,
la paz del mismo Cristo,
recién llegado a ver la luz del día...

Gloria a Dios... Que no roan las anemias
la sangre pura de la fe... que, en nombre
de la razón, no abunde de blasfemias
la boca audaz del hombre...
Que la cerviz doblegue ante el misterio,
con la misma mudez con la que cae
a dormir el horror del cementerio...

Y la paz... Y la paz... La bienhechora...
La paz de Cristo, que es la paz de todo...
Para que el hombre, el racional, no viva
chorreando sangre y empapado en lodo...

Se evaporan los ángeles del cielo...
Se deshace la flor de sus figuras...
Sinembargo, en el soto y en la sierra:
Gloria a Dios... Gloria a Dios en las alturas...
Y la paz a los hombres
de buena voluntad sobre la tierra...

A Belén... A Belén los pastorcillos,
con los dones sencillos:
leche, miel y manteca, queso nuevo,
pieles de cabra y pieles de cervato,
cuya pelambre peina
la áspera mano de las zagaiiiiias,
para ofrecer al Niño , a la Reina...

Nochebuena en Belén... Id, pastorcillos,
con los dones sencillos...
Sobre todo, con lana,
más que con miel, con leche, con manteca,
pues la Virgen María
en Nazareth es ama de la rueda...

Sobre todo, con lana florecida...
Que de ella tejerá la Madre santa
la túnica inconsútil,
la milagrosa túnica,
la que tiene que hacerse no cosida...
La única pastores, sí, la única
que tuvo Jesucristo en esta vida...

Ve la Virgen los copos de la lana...
Gime el Niño el dolor de algún gemido...
Mira la Virgen el vellón peinado,
como el ave que es madre mira el nido...

Sonríe y agradece... Oh, sí, la túnica,
la que tiene que hacerse no cosida...
La única, pastores, sí, la única
que tuvo Jesucristo en esta vida...

Toma la Madre al Niño... Le recuesta
en un vellón, le cubre con la lana...
Y deja que le adoren los pastores,
pensando Ella en la túnica,
la que tiene que hacerse no cosida...
La única, pastores, sí, la única
que tuvo el Salvador en esta vida...

LA CARAVANA DE LOS MAGOS

Caldea de los Magos, la Caldea...
Tuvo que ser en Ur de los Caldeos,
donde la estrella de la luz febea,
sus jamás conocidos centellos,
sus solares amagos,
su incógnita de luz y profecía
a los nefelibatas de los Magos
mostró, de pronto, con claror de día...

En Ur de los Caldeos fué, sin duda...
Reunidos los tres por el destino,
ante el asombro de la ciencia muda
que interpreta al lucero diamantino...;
hurgando con sus almas de pastores
las inmensas llanuras siderales,
y oliendo estrellas, como huelen flores
hortelanos que cuidan los hortales...;
astrólogos insignes cuyos ojos
hienden de la distancia los derroches,
y firmes clavan la mirada humana
en la bulla de luz que hacen las noches...;
cada uno enamorado de una estrella,
por esquiva, sonora y rutilante,
por triste, por anónima, por bella,
por sola, por caldaica y por distante...;
amos de los secretos del espacio,
hombres que llevan en los corazones
el fulgor de topacio
de las constelaciones...;
señores del lucero y de la luna...;

sultanes de las grandes nebulosas...;
epulones que tienen la fortuna
de puñados de estrellas, como rosas...;
cogen la cola gris de los cometas—
grandes enigmas de vaivén tardío—,
y firman matemáticas secretas
de una punta a otra punta del vacío...;
plantean, en la sábana celeste,
problemas insolubles, cuyo trazo
se tiende horizontal de oeste al este...;
y de pronto descubren una estrella,
un pedazo de sol que se hizo trizas,
algún polvo estelar, humo de huella
del cuerpo sideral vuelto cenizas...;
fragmentos, los fragmentos
de quien sabe qué audacia de elementos...;
los despojos que deja el cataclismo,
a merced del espacio y de los vientos,
entre un pavor de luz y otro de abismo...

Mas, esta vez, no así... Fué derrepente
que música de luz se oyó sonando,
una música errante que pudiera
decirse azul y con el brillo blando...

La luz sonaba —no hay que hacer—, sonaba,
en líricos exordios,
como si dos mil liras heptacores
y dos mil decacordios,
en orquesta de rayos cristalinos,
tocados por los ángeles del cielo,
tañesen los acordes más divinos...

En mitad de esa música tan bella
y como envuelta en ella,
al propio tiempo que en perfumes vagos,
así se dibujó la blanca estrellas
en las grandes pupilas de los magos...

No el blancor de la luna en plenilunio...
Un halo de azucena circundante...
Un nimbo como de ágata en el fondo...
Un lirio celestial y escintilante...
Un lirio celestial, todo él redondo...

Los Magos de Caldea, si, los Magos...
Tres de ellos solamente
llegan a descubrir la nueva estrella,
no el momento del orto en el Oriente,
sino cuando declina
desde el cenit, con rumbo al Occidente,
en parábola audaz a Palestina...

Camelleros de Arabia, a los camellos...
Caballerizos nómadas, vosotros,
palafreneros tracios y los persas,
a la boca domada de los potros...
Servidores de Susa, diez denarios,
para aquellos que acolchen
las jibas de cincuenta dromedarios...
Cedmoneos y armenios, elegantes
uniformes de gala,
para los domadores de elefantes...
Y a vosotros, asirios, los jumentos...
Traed también jumentos... Porque vamos
al Rey de los Judíos, que irá en asna
un Domingo de Ramos...

Para el Rey los presentes, pero pronto...
Seguro, El los recepta...
Marfil de Dedaním, hierro del Ponto,
lino de Egipto y vidrios de Sarepta...

Grana teñida en Bosra,
añil de Hebrón y púrpura de Tyro,
esmeraldas que cría el Golfo Pérsico
y Mizraim con sus elogios loa—,
en los baúles de ébano, a los lomos

de los mulos de Armenia
y caballos de Coa...

Seda de Cos... Esencia de laureles
nativos de Antioquía...
Y pieles, pieles, pieles
que dió la cacería,
del monte en los rincones,
cuando el Hermón rugía en leopardos
y el Sannir retemblaba de leones...

Cerámica de Samos
y mármol de Bythinia...

La odre, la orsa y el frasco,
para vino de Creta y miel de Chipre...

Vasos de bronce que vació la arcilla
por Salomón hallada en Saredatha...

Pelos de cabra que madura Angora...

Los dátiles de Libia, que el oasis
deja caer de otoño entre los ocios...

De plata de Moab las moles blancas,
en cofres de marfil y hasta en las ancas
de los agrios caballos capadocios...

Vamos al Rey, siguiendo, huella a huella—
pues El nos da la luminosa cita—,
el paso de la estrella,
el paso de la estrella bethlemita...

Y el dón individual cada uno añade,
conforme con su antojo...
Mirra de la India, mirra...
Incienso del Mar Rojío...

El polvo gualda con la goma rubia...
A los cuales añaden, en tres clades,
oro de Saba, oro de Ophir y Nubia...

Los Magos de Caldea...
Montan los elefantes de Apamea,
salen de Ur a lo largo del Eufrates,
suben a Babilonia, luego tuercen
a la izquierda, a las zonas mal descritas...
Y en el desierto se hunden, al amparo
de la escolta de arqueros elamitas
y a la luz de la estrella, que es un faro...

La caravana en el desierto... Soles
que incendian con sus lenguas, como fragua...
El soplo del simún sobre las dunas...
La sed que grita... Y espejismos de agua...

De la arena encendida
los rojizos destellos,
entristecen los ojos de los asnos
y amargan el mirar de los camellos...
Alguna vez, la mole elefantina
sobre el ascua de arena que calcina
caer se deja... Gime el dromedario...
Sólo el corcel conserva su alto espíritu...
Pudre en sudor la poderosa cincha...
Pero, advierte las palmas del oasis,
tasca el freno, se para, ve, relincha...

Al morir de una tarde, al fin, los Magos,
la caravana de los Magos, posan...
La estrella se detuvo
sobre Jerusalem... El viejo Herodes,
instinto de alacrán, alma de mula,
el ogro de Idumea,
de los huesos podridos en médula,
es dueño y es señor de su Judea...

Esbirro de los césares el bruto,
mientras le traga la interior carcoma,
baboso besabamos un tributo
ofrece al otro bárbaro de Roma...

Jamás la humanidad ser más abyecto
echó sobre la tierra... Fiero insecto
con ánima de tigre... Bestia huraña,
sangre de hombres a chorros destilando...
Araña coronada, inmunda araña,
con que castiga Dios de cuando en cuando...

Dónde ha nacido el Rey de los Judíos...?
En Belén de Judá... —tal la Escritura...

Y encamina a Belén esos tres Magos
el idumeo de la casta impura...

No sigamos ya más la caravana...
Los tres Magos lograron bien su logro...
Sangre a torrentes correrá mañana,
cuando despierte de su sueño el ogro...

NAZARETH

Ciudad de Nazareth, en Galilea...

Sentada en el repliegue de tu monte
que la llanura de Esdrelón otea,
cierto que eres escasa de horizonte;
pero cierto también, ciudad huraña,
que, una vez coronada tu montaña,
más cerca del añil que hace tu cielo,
a lo lejos asoman
las líneas del Carmelo...;
del país de Sichein las altas crestas,
perfiladas en franjas
y envueltas en los tonos
de los tintes naranjas...;
el monte Gelboé del patriarcado,
el monte del Psalmista,
por sobre el hombro de las otras moles
empeñado en saltar siempre a la vista...;
orgullosa y mostrando bien que sube,
el cono del Thabor, ese silencio
puesto de pie para tocar la nube...;
y el valle del Jordán... Hasta que acaban
los ojos y la idea,
golpeando el cansancio contra el muro
de los llanos que anuncian la Perea...

Del otro lado el líquido marino...
Olas de alas de halcón, alas de sacre...
El golfo a cuya vera
se asienta Ptolemaida, el Golfo de Acre...

El mar, al Occidente...
El mar que se abre el seno, y, en su giro,
azota el Sur, golpeando a Cesarea,
y azota el Norte, al azotar a Tyro...

La vida, en el hogar suave y tranquila...
La Virgen nazarena
carda la lana y los vestidos hila,
prende el fogón y cuece en él la cena...

Cuando el sol se reviste la mortaja
de la tarde, en el lecho de Occidente,
con el Niño Jesús la Madre baja,
para buscar el agua de la fuente...
Y del fogón, entonces, a las lumbres,
la ración habitual que nunca daña:
el pedazo de pan, unas legumbres,
y el vaso de agua dulce de montaña...

Alguna vez que algún salario alivia,
que la pobreza sus rigores deja,
una taza de leche, leche tibia,
espuma hecha de sangre de la oveja...

Alguna vez, también, pobre deleite,
un azumbre de aceite,
una docena de higos;
y la torta de harina
que casi dan por caridad los trigos,
para la trinidad jesucristina:
El, el Dios verdadero...;
su Madre, la Doncella...
el último, José, que es carpintero...
Cosa más pobre... Sí... Pero más bella...

Mal dan, para vivir, hacha y escoplo,
garlopas y gramieles,
si el infortunio sopla con su soplo
y en el fondo de todo hay tantas hieles...

Pero, en fin, porque hay Dios, aquello encuadra
en su medio y del medio se consuela,
él mismo sujetándose a la escuadra,
desbastándose él mismo con la azuela...

Todo el día trabaja el Carpintero...
Bien suda como esclavo,
en la lid de la sierra con el tronco,
en la lid del martillo con el clavo...;
bien de lastimaduras muestra llena
la mano encallecida
que calentó el metal de la barrena...;
bien el vestido trae
o cortado o maltrecho,
pues, resbaló el formón, de la tablilla
que estaba contra el pecho...;
bien le invadió los ojos,
lagos de mansedumbres absolutas,
el humo encenizado
que produce un incendio de virutas...
Lo de todos los días,
dondequiera que existan carpinteros
y haya carpinterías...

En torno de la casa,
se ignora si silvestres o sativos,
en torno de la casa,
hay algunos olivos...
Le gustan a Jesús unas palmeras
que, a poco del jardín, se dan al viento...
Pero es indiferente a las higueras...

Huerto y jardín, María allí amalgama
los lirios azulinos
con los lirios de nieve y los morados...
Algunas amapolas trigaleras...
Rosas de los cercados,
y rosas de Sarón... Las linaceras,
para que den linaza...

Y, en un rincón, la planta que produzca
el grano de mostaza...

Se ignora si silvestres o sativos,
en torno de la casa unos olivos...

Las horas de descanso,
porque Jesús ayuda al Carpintero,
de! olivar bajo el ramaje manso,
medita en la Escritura...;
afirma en El la flor de los anhelos...;
planea la hermosura
del Reino de los Cielos...;
prepara el Evangelio, letra a letra...;
al Padre celestial habla al oído...;
cada vez más penetra
en la misión terrible que ha traído...;
hace oración mental...; se pone diestro
para a la turba fría y sin entraña
enseñarle a rezar el Padre nuestro
y gritarle el Sermón de la Montaña...;
al Padre eleva cotidianos ruegos,
que moja con el llanto y los sollozos,
porque le dé volver vista a los ciegos
y carne no podrida a los leprosos...;
se prepara a tres años
de parábolas, luchas, desengaños,
fariseos, escribas, sinagogas,
tempestades, caminos,
sacerdotes infames,
mercaderes del templo, sed, espinos...;
la vida ensangrentada de las vidas...;
la más grande misión de las misiones...;
el hecho de salir de las heridas,
de las heridas de uno,
por conmover con esos corazones...;
la cruz a cuestas...; la lanzada al pecho...
El Padre celestial, que le ha mandado,
para exigirlo así tiene derecho,
porque Jesús redime del pecado...

Se ignora si silvestres o sativos,
tal pasa, en Nazareth, el Nazareno,
a la sombra de amor de los olivos...

Entretanto, María, dulcemente
le acaricia la frente,
le sirve el vaso de agua cristalino...
Más maternal le llama por su nombre...
Y le deja entregado a su destino,
porque sabe que es Dios... Que es Dios y es Hombre...

Entretanto, también, anciano y triste,
amoroso, mansísimo, sincero,
con qué música de alma, tan del alma,
HIJO MIO le dice el Carpintero...

CAPHARNAÏM DEL LAGO

Sentada la ciudad hacia un extremo
del prado más hermoso en Galilea,
escucha cómo la inquietud del remo
sobre la espalda acuática golpea...;
se salpica las plantas y el vestido
de un reventar de espumas y de gotas...;
deja que el cielo azul, porque no hay nubes,
se oscurezca con nubes de gaviotas...;
la amplitud del alegre lago abarca,
sintiéndose feliz, joven y fresca,
ciudad que tiene no sé qué de barca,
que sabe a sol y que se huele a pesca...

Capharnaúm del lago... Tú, en la ruta
de Damasco hacia el mar, por Iturea,
vences en sonreír a Dalmanutha,
a Bethsaida arrebatas toda gala,
de Corazain propasas las beldades;
y, más señora y pulcra que Magdala,
te unges reina del Mar de Tiberiades...

Tallados tus caminos en las rocas...
Los árboles del bálsamo... Jardines...
Del Hermón los barrancos a la vista...
El huerto bienoliente...
Rumores y cristales
del agua de tu fuente...
Y marañas floridas en los riscos:
alcaparrales tras alcaparrales,
tamariscos después de tamariscos...

Capharnaúm... del lago...;
pero el lago... de Cristo... Lago bello,
trigal de agua marina,
flor de granado, bálsamo y camello,
única propiedad jesucristina...
A todas veras única,
lirio de olas mejor que el de los prados,
porque es preciso no contar la túnica
sometida a la suerte de los dados...

El lago de Jesús... Tarde y mañana,
paseándose en la orilla,
vé cómo corre la caterva humana
en el vaivén de mar de la barquilla...

Firmes las jarcias y la lona al viento,
mal prendidas apenas las auroras,
así pasa, volar del pensamiento,
el viaje de las barcas pescadoras...

Alga, las quillas que se van no enredes...
Lacustre tempestad, ira de la onda,
no rasgues el velamen ni las redes...

Amor de los amores,
del arboiado aquel desde la fronda,
Jesús quiere pescar los pescadores...

Le obsede el lago... No hay que hacer, le obsede...
Le obsede noche y día...
Se moja el pie, se va sobre la arena...
Anda de pesquería en pesquería...
Uno por uno, ha penetrado a todos
aquellos barquichuelos,
sobre el alma la carga misteriosa
del Reino de los Cielos...

Pescadores oscuros y sin nombres...
La Ley que ha de cumplirse hasta las tildes.

Ay, una pesca pescadora de hombres:
los cojos y los mancos, los humildes...

Echar las redes en el mar humano,
pescar las perlas del dolor que llora,
llegar al Padre que en el cielo habita,
bien cargada la barca pescadora...

Del mundo someter las tempestades...
Misión la de Jesús, misión, no idea...
En el cielo, algún lago Tiberiades...?
En el cielo, algún Mar de Galilea...?

Robusto hermano del hermano cedro,
cambiado en nave que se quede el pino...
Hay que llamar un pescador, a Pedro,
como después a Saulo en el camino...

Le obsede el lago... No hay que hacer, le obsede...
Arrepentios, hombres...
Acabad de pescar vuestros desvelos...
Arrepentíos, hombres, que se acerca
el Reino de los Cielos...

Simón Pedro, tú, ven... Tú, ven, Santiago...
Venid, Andrés y Juan, el pecho listo...
Os va a trocar en pescadores de hombres
este Hombre sin igual que es Jesucristo...

Este Hombre y Dios, en escogeros diestro
tal como el pedernal prende la yesca,
os prendió... Ya sois llamas... El Maestro,
Pedro y Andrés, y Juan, Juan y Santiago,
acaba de pescaros en su pesca,
a las riberas de su propio lago...

Corred por Galilea y sus comarcas...
Corred por Galilea... Ya no hay barcas,
ni timones ni quillas...

Ya sois vosotros pescadores de hombres,
dueños de un mar eterno y sin orillas...
Oidlo, pequeñuelos,
dueños de un mar eterno y sin orillas,
de ese mar que es el Reino de los Cielos...

Le obsede el lago... No hay que hacer, le obsede...
Capharnaúm le atrae... Hasta le acosa...
El Sermón de la Barca sobre el lago,
y en el lago la pesca milagrosa...

Le obsede, no hay que hacer... Como a la yesca
enciende el pedernal, gentes sin nombres,
acaba de encenderos...
Tendió luego la red, hizo la pesca,
y os dió virtud para pescar los hombres...

Por el hombre este amor de los amores...

Y del hombre redento las siniestras
groserías, el colmo del mal pago...

Acaba de pescarnos, pescadores,
en la presencia de las barcas vuestras
y a la vista del lago que es su lago...



PRIMERAS VOCES DEL SERMON DEL MONTE

Esta vez, subió solo al monte amado...
Sin bordón ni cayado,
sentía la fatiga de la cuesta
y sudaba el ardor que da la fragua...
De allí que al hontanar de la floresta
pidiera, de limosna, un poco de agua;
y el hontanar, ufano,
aprestara la linfa menos presta,
para que El la bebiere con la mano...

La túnica, esta vez, al sol lucía...
El manto, al brazo... La sandalia, atada...
El ademán, con tanta gallardía;
y una bondad tan grande en la mirada...

Se detuvo en un pliegue del declive;
buscó una roca, se sentó en la roca;
y allí quedó—, cansancio que recibe
la frescura del aire entre la boca...

El, que amaba el sentido del paisaje,
los rumores del viento en el follaje,
las voces de la tórtola en la peña,
del campo se endulzó con la armonía,
y a la hoguera interior echó más leña,
poniéndose a aspirar la lejanía...

El Reino de los Cielos,
el anhelo de todos sus anhelos,
emergió del paisaje, repentino...

Al fundirse los cobres—
el gualda purpurino—,
de esa tarde de otoño,
se acordó de los pobres,
con ver las hojarascas del retoño...

Pensó en los tristes, al sorber la angustia
con que la luz del véspero se mustia...
Y, marchita en el hombro la cabeza,
se escapó, desde El mismo, en lento giro,
tras comulgar con hostias de tristeza,
porque Jesús se convirtió en suspiro...

Al mirar los remansos
en que del agua el éxtasis yacía,
Jesús pensó en los mansos,
todo El enfermo de melancolía...

Oyó gemir la tórtola viuda,
ante la inmensa soledad desnuda...
Su oído, fino y pulcro, entre los pulcros,
percibió los quejidos
que dejan escapar de los sepulcros
los que fueron ayer y que son idos...
Creyó que a sus espaldas, zahareña,
lloraba una orfandad lloro de gente,
y se halló con el llanto de la peña,
golpeando los cristales de la fuente...
Sintió caer la gota que hace la hora,
del tiempo andando por la estrecha calle...
Y entonces se acordó de cuánto llora
en el Valle de Lágrimas, el Valle...

Esguazaron los siervos la corriente,
bañados de frescor y de leticia...
Rumiaron los ganados, lentamente,
la reserva propicia...
Y surgió la figura del que siente
hambre y sed de justicia...

Vió la calma del monte milenario,
la calma del sendero solitario,
la calma de las calmas,
la quietud que la tarde tornasola,
y pensó en los pacíficos, las almas
cuya paz es la paz única y sola...

Vió que el ciervo sediento y moribundo
no podía llegar a la corriente,
ni siquiera hasta el borde del pantano;
y que otro ciervo, larga y tristemente,
gemía junto al pobre sitibundo...
Misericordia tal entre las bestias...?
Misericordia entre leones y osos...?
Alcanzarán también misericordia
los misericordiosos...

Contempló la pureza sin mancilla
con que ama la perdiz a su polluelo,
limpia de corazón el avecilla,
como rocío que cayó del cielo...

Después, ya nada vió... Cerró los ojos
y miró, tal que en hora de visiones,
cómo iban, a través de unos abrojos,
los justos y en pos de ellos los sayones...
Albricia.. Pura albricia...
El Reino de los Cielos
a los que así se dan por la justicia...

Horas más, y llegaron los amigos...
Traían unos higos
y algún poco de pan... Y El, derrepente,
con las pupilas hurga el horizonte,
y dice, con rumor claro de fuente,
la maravilla del sermón del monte...

A los pobres de espíritu,
el Reino de los Cielos...

A los mansos, la tierra...
A todos los que lloran, los consuelos...
A los que tienen sed, sed de justicia,
sed y hambre de justicia, hartura, hartura...
Al misericordioso,
misericordia pura...
La presencia de Dios, a los que tienen
limpios los corazones...
La filiación de Dios, a los pacíficos...
Y —luego de sufrir persecuciones,
por causa de justicia y sus anhelos—,
para los perseguidos, nuevamente,
la dádiva del Reino de los Cielos...

Qué divino sermón oyó la gente...

Las almas le escucharon asombradas...
Jamás las lumbraradas
del Verbo habían agotado el tema
de los dulces anhelos...
Aquí estaba, temblando de poema,
el Reino de los Cielos...

A los pobres de espíritu, a los pobres,
el Reino de los Cielos...

A los mansos, la tierra...

A todos los que lloran, los consuelos...

A los que tienen sed, sed de justicia,
sed y hambre de justicia, hartura, hartura...

Al misericordioso,
misericordia pura...

La presencia de Dios, a los que tienen
limpios los corazones...

La filiación de Dios, a los pacíficos...

Y —luego de sufrir persecuciones,
por causa de justicia y sus anhelos—,
para los perseguidos, nuevamente,
la dádiva del Reino de los Cielos...

Qué divino sermón oyó la gente...

EL CIEGO DE BETHSAIDA

Intentado mirar con los oídos,
así, se acerca el ciego de Bethsaida...
Por intermedio del bastón, las manos
le sirven como pies para el camino...
Alzada la cabeza,
corto el paso, el oído, fino, fino,
así, se acerca el ciego de Bethsaida,
trayendo en las pupilas
dos pozos de negruras
que en los pozos dormíanse tranquilas...

No hay duda, este momento es de los grandes
momentos de Jesús... Señor —le dicen—,
Señor, escucha el ruego...
Tú, que todo lo puedes,
pon tu mano en los ojos de este ciego...

Pon tu mano en los ojos de este ciego...
Jesús no necesita de que insistan
en la súplica amarga...
Jesús cierra los ojos, compasivo,
ante el humilde ruego...
Jesús ensaya, con cerrar los ojos,
lo que es la desventura de ser ciego...
Ceguera corporal...; pero ceguera
que concentra los seres en su adentro,
quitándoles a pulso del afuera...

Jesús ensaya, con cerrar los ojos,
como duele la noche
cuando cuajó la noche en la ceguera...

Con una exquisitez propia de Cristo,
al ciego toma por la diestra mano,
y le conduce fuera de la aldea,
donde abra el campo su verdeante plano...
Donde haya más paisaje,
más luz, más horizonte...;
donde estén el bosque,
los jardines y el monte...;
donde haya más que ver, árbol y nido,
y la oveja y la cabra,
donde haya más que ver, cuando El los ojos
al ciego de Bethsaida toque y abra...

Jesús sabe lo que hace en cada caso...
A qué horizonte escaso
para la sed de ver de quien, al pronto,
se halla dueño y señor del sol del día...?
Jesús hace sus cosas
de una manera tal, que escalofría...
Jesús al ciego le ha llevado al campo,
le ha puesto ante horizontes infinitos,
y va a abrirle los ojos
donde galopen en mirar a gritos...

Ha de medir, no hay duda,
el choque brusco de la luz primera
con la pupila muda...
Ha de impedir que el rayo luminoso
hiera el ojo, cobarde todavía,
en experiencia de la luz minúsculo;
y al ciego, para abrirle aquellos ojos,
le prepara primero
las vagas suavidades del crepúsculo...

Le ensaliva los ojos,
le pone en ellos las divinas manos,
y le pregunta: Miras...?
No todavía... Nó... señor, Tú mismo
que de mi ser ordenás
el último corpúsculo,

Tú mismo, Tú, no ves que con tus manos
me haces la caridad de este crepúsculo...?
No te fijas, Señor...? Veo a los hombres
como árboles que ambulan...

Ahora, ya no hay más... Ya no fue brusco
el choque de la luz en la pupila...
El son crepuscular hizo la gracia
de la lumbre tranquila...
Ahora... Abre los ojos... Mira a gusto

Abrelos bien... No temas... Ve los llanos,
los cielos, los caminos... Mira a Cristo...
Y Cristo le retira de los ojos
las milagrosas manos...

Qué Jesús más Jesús y más hermoso...
O delante del ciego o del leproso,
delante de una pobre pecadora
o del niño que llora,
en esas circunstancias...
qué Jesús tan Jesús este Hombre santo,
este vigor de Dios y de su músculo,
este divino sanador de ciegos
que inventa la dulzura del crepúsculo
para abrirles los ojos...

Luz de arriba,
cómo esperan mil ciegos de Bethsaida
el crepúsculo aquel y una saliva...

Tú, ciego de Bethsaida, en tanto, parte...
Y no digas a nadie, por la aldea,
que te obsequió la vista
el divino Jesús de Galilea...

DEJAD QUE LOS NIÑOS SE ACERQUEN A MI

El también es un niño, muchas veces...
Su alma es alma de niño...
La dulzura infinita de los ojos...;
la pureza de Dios en las palabras...;
las ingenuas ternuras...;
la inocente manera de la espiga...;
la profunda piedad por pequeñeces...
No blasfema la frase porque diga
que El también es un niño muchas veces...

Pero un niño interior... El mismo enseña...
delante de los niños,
que, al no ser como son los pequeñuelos,
no han de entrar los adultos,
no han de entrar en el Reino de los Cielos...
que es preciso trocar el alma humana
en un algo infantil: talvez en una
sonrisa más pueril que la sonrisa
del infante en la cuna...
Que es de mirar las cosas y los seres
con esa nitidez con que los ojos
de los hombres de un año
dejan vagar miradas silenciosas,
queriendo darse cuenta
de cómo son los seres y las cosas...

El también es un niño... Pero un niño
deveras celestial... Su mansedumbre,
la inocencia en los actos,
el pudor en las frases,

cristalina la voz, los labios frescos...
Encima de tal cúmulo,
aquel dón de las lágrimas por todo,
que determina al niño...
También El es un niño... Muchas veces,
también El es un niño...
Blancura sin igual de cuerpo y alma,
corazón de paloma y de azucena,
transparencia del alma que es toda alma,
piedad extraterrena,
humildades sin fin, llanto en los ojos,
pobreza— la del árbol
más sin hojas del liño...;
El también es un niño, muchas veces:
El también es un niño...

Dejad vosotros que hasta Mi se acerquen
los niños... Si, dejadles...
Ellos son, como Yo, puros y castos,
apacibles, humildes y sinceros,
llenos de Dios y amables,
inocentes a modo de jilgueros,
buenos como los pastos,
mejores que la luz del horizonte
y dulces como el agua
que brota y lanza el hontanar del monte...

Dejadles que se acerquen...
Ellos me traen la visión del Reino,
del Reino de los Cielos...

No entraréis en el Reino —Yo os lo digo—,
si no os hacéis como estos pequeñuelos...
Pequeñuelos en que hay algo del trigo,
de los lirios del campo, de los ángeles
que con los niños copio;
del trigo, de los lirios, de los ángeles,
del Padre Celestial y de Mi propio...

Corderuelos semejan, corderuelos...
Avecillas del bosque y los alcores...
Manojos de herbazales de los prados...
Flores con alma de hombres... Ah, qué flores...

Dejad vosotros que hasta Mi se acerquen...
Yo he de poner mis manos
en las cabezas de ellos...
Yo he de tocar los rizos
crespos de sus cabellos...
Me gustan por ser puros...
Me gustan por ser hechos con armiños...
Me gustan, porque todos se parecen
a Mí, Niño entre niños...
Dejadles acercarse...

No impidáis que me digan lo que digan...
En estos pequeñuelos
habéis de ver la imagen de los que entraron
al Reino de los Cielos...

Y Jesús que los ojos cierra suaves,
ahondando más hondo en sus cariños,
Jesús de Nazareth pone las manos
encima de las frentes de los niños...

Un silencio de niños cual rodea
esa hora sin igual, ante el asombro
de todo lo que existe en la Judea...

EL PRIMER MANDAMIENTO Y EL SEGUNDO

Rabbi, dulce Rabbi de Galilea,
cerebro y corazón, la voz al viento,
Rabbi de Galilea,
el primer mandamiento
enséñanos cuál sea...

Amarás al Señor tu Dios de todo
corazón, con amor... Este el primero,
el mandamiento grande...
Y se queda Jesús, vuelto su rostro
una rojiza brasa.
y se queda Jesús pensando en algo
que debe ser profundo...
Después, añade así: Este el primero,
mas igual al primero es el segundo—,
un árbol con dos ramas:
amarás a tu prójimo
como a ti mismo te amas...

Ah, divino Jesús... Jesús, el Cristo...
Amarás a tu Dios... Dios es amable,
no por el pan que da, no por el agua
para la sed... Ah, no... Por eso, nunca...
Jamás por la vivienda,
jamás por el vestido...
Dios es amable por la mar de cosas
y por la mar de seres:
las estrellas, los campos y las rosas,
los niños, las mujeres...

Inventó la divina maravilla
de la madre, ese dios de barro humano,
que hay que nombrar doblada la rodilla
y en todo corazón puesta la mano...
Inventó la ternura
de la esposa que es fiel —mujer y no hembra—,
la madre de los hijos que sembramos,
cuando el buen Dios consiente en esa siembra...
Inventó la delicia
del hogar, con fortuna o sin fortuna,
los versos, los cariños inocentes
y la canción de cuna...
Hizo el milagro por el cual la sangre
de sí rojeces eche,
para colmar las fuentes de la vida
con el blancor de lirios de la leche...
Inventó la divina maravilla
de la madre... Mas, de eso no contento,
quiso que el padre, la aspereza brusca,
la hombredad sin ternura,
el corazón se suba algunas veces,
el corazón se suba a la cabeza...
Ah, nó... No es eso... Es esto:
que al corazón se baje la cabeza,
y llore de cariño,
cuando en las manos, torpes por inhábiles,
toma la santa levedad de un niño...

Dios es amable porque nuestros muertos
a los ojos con lágrimas se asoman,
a los ojos abiertos
sobre la paz azul de la añoranza,
sobre la vasta soledad de lo ido,
con la cruz de las fosas en acuerdo,
más allá de la muerte y del olvido,
más acá de la tumba y del recuerdo...
Dios es amable, porque a veces viene,
de su lecho de tierra,
el polvo de los muertos que son polvo,

con nuestra agua de lágrimas se junta,
con nuestra agua de lágrimas salobres,
de lágrimas salobres, ante todo,
y forma a la manera de una pasta,
para en las penas remendar el lodo,
este lodo hecho grietas de la casta...
Dios es amable, porque Dios consiente,
al mirarnos llorando,
que vuelvan nuestros muertos,
que vuelvan a pasar de cuando en cuando...

Amar a Dios... Amarle, porque es bueno,
porque castiga con piedad divina,
y el hontanar de su bondad celeste
al valle hace bajar de la colina...
Toda pena del hombre halla consuelo,
se curan las congojas,
si uno desprende, a voluntad del cielo,
lo de uno, como el árbol
al despojarse en el otoño de hojas...
Dios es amable, porque es Dios y es justo;
Dios es amable, porque es Dios y es santo...
Dios es más Dios —si así puede decirse—,
visto a través de una pequeña gota
de las gotas con que hace Dios el llanto...
Dios es más Dios, a flor del alma humana
y el erial interior lleno de abrojos...
Dios es más Dios cuando le mira el hombre
bien cuajados de lágrimas los ojos...

El primer mandamiento es éste... El otro
es igual al primero,
un árbol con dos ramas:
amarás a tu prójimo
como a ti mismo te amas...
Mandamiento como éste,
para ser mandamiento
originado en el poder celeste...

Sólo Cristo Jesús pudo haber dicho,
sin que su dicho se llevara el viento,
la maravilla eterna
del eterno y terrible mandamiento...

Y quién es nuestro prójimo...? Dios Santo,
se resiste a decirlo
la armonía del canto...
Es prójimo el que ensucia la honra tuya,
el que roba tu hacienda,
el que te engaña y mata,
poniéndote en los ojos una venda...
El traidor es tu prójimo, el bandido,
la impura que te humilla en la simiente,
la canalla que pone
los signos del desprecio colectivo
en mitad de tu frente...
Tu prójimo el mendaz, el falso amigo,
el injusto, el servil, el vil y acerbo,
el torpe, el envidioso, el enemigo,
el tirano, el cobarde y el protervo...
Sin embargo, hay que amarles... Hay que amarles...
Sin embargo, hay que amarles en el mundo,
porque idéntico, idéntico al primero,
es, en los mandamientos, el segundo...
Amar a Dios, por sobre
el cúmulo de seres y de cosas...
Amar a Dios... Y al prójimo
así como tú te amas a tí mismo...
Amar a Dios y al prójimo
con un amor de abismo...
Doctrinas de Jesús, las de El, completas:
Amar a Dios y al prójimo,
que esta es toda la Ley y los Profetas...

Pero, también tu prójimo el enfermo,
el pordiosero, la mujer caída,
todo el que yace en la mitad del yermo
de la vida o al margen de la vida...

El niño que abandona la hembra infame
en el camino o en la inclusa... El feto
que arroja el crimen, sin igual ni nombre,
de arrebatar la gracia de la vida
al derecho a la vida del nuevo hombre...
La mujer engañada
por las falacias del falaz cariño,
la mujer infeliz en cuyo seno
fermenta un deshonor y tiembla un niño...
Todos ellos tus prójimos... Lo entiendes...?
Con ojos claros, estas cosas todas
has visto bien...? Has visto...?
Todos ellos tus prójimos... Más prójimos
por Dios que es Dios y por virtud de Cristo...

Doctrinas de Jesús... Las de El, completas:
Amarás al Señor tu Dios y al prójimo,
que esta es toda la Ley y los Profetas...
Al mendigo, al amigo, al enemigo,
al truhán, al protervo, al carcelario,
al asesino, al homicida, al torpe,
al cinico, al falsario...
Mas, también, al vencido,
al que yace en el polvo de la muerte;
al que mora en las sombras del olvido,
al blanco de la negra mala suerte...
Al triste, al paralítico del alma,
al ciego del espíritu,
a todos —hazlo visto...?—
a todos, como a prójimos,
por Dios que es Dios y por virtud de Cristo...

Los otros son amables
por ellos mismos: la mujer hermosa,
el dueño del poder y la riqueza,
el señor de las razas,
el amo de los pueblos...
Jesús, nuestro Jesús de los leprosos,
Jesús, nuestro Jesús de los baldados

y de los pordioseros,
no subrayó que fueran nuestros prójimos
los monarcas, las bellas, los banqueros...
El prójimo es más prójimo
cuando no tiene pan, ni agua, ni abrigo,
cuando viste una túnica de llagas,
cuando lleva los grillos del castigo...
El prójimo es más prójimo,
mañana, ayer, ahora,
el prójimo es más prójimo,
cuando es dolor y es el dolor que llora...

Al primer mandamiento
qué idéntico el segundo...
Doctrinas de Jesús... Las de El, completas...
Amarás a tu Dios sobre las cosas,
y al prójimo amarás tal como te amas,
que esta es toda la Ley y los Profetas...

Un mandamiento, un árbol
dividido en dos ramas...

Oh, las doctrinas de Jesús, completas...
Ama a tu Dios y al prójimo,
que esta es toda la Ley y los Profetas...

SONETARIO DE LOS ARBOLES

I

El pino sin pinar que el llano habita,
apenas cabecea, algún instante,
con una dejadez tan exquisita,
en una soledad tan elegante...

El pino sin pinar que huyó al pinedo,
y que, en el corazón de la llanura,
es esa verde soledad con miedo
y esa vasta pereza de verdura...

El pino sin pinedo circundante,
el de la soledad tan elegante,
el de la dejadez tan exquisita...

El pino sin pinar que huyó al pinedo,
y que en el corazón del llano habita,
como una vasta soledad con miedo...

II

La eucalipteda, hacia el alcor lejano,
se ciñe la cabeza de neblina—,
turbante de humedades del pantano,
toca del vaho de la nieve andina...

Así, con blanco la cabeza bruna,
se abandona al vaivén del viento frío—;
de aquel que en agua remojó la puna,
cuando iba por los páramos el río...

El pañuelo neblínico de seda
se desata, después, la eucalipteda...
Entonces cae del vacío, a plomo,

sin duda alquitarándose en la luna,
un pedazo de sol tan frío— como
si en el sol tiritara alguna púna...

III

Azotó el arbolado el rayo, ha días...
Hendió el tronco de un árbol. Y éste, ahora,
todo él manchado de melancolías,
con una lluvia de hojas secas llora...

Muriendo está de pie— sin duda de hambre,
de sed, sin duda, en un dolor de ignavia—,
porque el rayo, corriendo a la raigambre,
le envenenó en parálisis la savia...

Ya no se mece el árbol, ya no siente
el aire de las alas en la frente...
Entre los otros, lánguido y sin brillo,

sin vanidad de sol en la cabeza,
es un silencio largo y amarillo
que se muere de paz y de tristeza...

IV

La planta humilde y el arbusto enano
tiene derecho al musical tributo,
porque de ellos también son el verano,
la primavera y el invierno bruto...

Hacen flores, albergan pajarillos,
abriendo al sol paupérrimos caireles;
y, mientras más sin nombre y más sencillos,
acaso a las abejas dañ más mieles...

Ellos también completan lo nativo...
Ellos también son campo, campo vivo,
en el sabor de mentas voladoras,

que dan las hierbabuenas a las brisas,
dentro las bayas de las hierbamoras
y en las espigas de las hierbaluisas...

V

Troncos tendidos, como puentes, sobre
las torrenteras y riachuelos hoscos,
que no cobran pontazgo al indio pobre,
desnudos de corteza, ásperos, toscos...

Rústico ardid vial que nadie paga,
continuidad leñosa del camino;
senda con llagas, para que en la llaga
pueda afirmarse el pie del peregrino...

Arboles sobre el agua, en son de puente...
Abajo, se revuelca la corriente,
espumando espumar color ceniza...

De lado y lado, bocas de sendero...
Y el puente, que un danzar flexibiliza,
como el alambre del volatinero...

VI

Los árboles exóticos dan pena...
Se aclimatan con tal són de agonía,
con saudade tan grande, tan serena,
que es cosa de hombres su melancolía...

Descentrados al tono del paisaje,
en hojecer y floraciones berdos,
son nostalgias cubiertas de follaje,
son vastas alamedas de recuerdos...

De su país de origen la añoranza
les parece venir por lontananza...
Ellos saben que un algo extraño asiste,

en el aire, en la luz, en el ambiente;
que lo extranjero, por ajeno, es triste;
que es el propio país lo que se siente...

VII

Fue ribereño... Trajo su simiente
la barca sin barquero de la espuma,
después de que le puso en la corriente
un golpe de aire de la selva suma...

Fue ribereño... Pero, cierto día,
se agrietaron sus viejas cicatrices;
y sintió cómo el agua le mordía
la carne subterránea, en las raíces...

Entonces bamboleó, frente a la sierra...
Rodó, por fin, sobre la madre tierra,
tiritando en la savia, en el estambre...

Hoy queda, junto al hueco de la riba,
un haz momificado de raigambre,
como una gran araña boca arriba...

VIII

Arbol de la leyenda caminera,
puesto en el cruce de los dos senderos,
desde donde la Muerte, traicionera,
salta a la grupa de los caballeros...

En la umbría negruzca de tu copa,
las aves musicales no hacen nido:
en ti anidan los buhos— esa tropa
de tinieblas con alas y graznido...

Cuando pasa, de noche, el caminante,
se persigna... Una voz, triste y gangueante,
se escapa de las hojas... Luces blancas

aquí y allá revientan sobre el seto...
Y siente los caballos, en las ancas,
los huesos de la Muerte— el Esqueleto...

IX

Arbol del cementerio, árbol sin flores...
La calma postumbal te unge de calma...
Hecho de soledad y de dolores,
tienes enferma de silencio el alma...

Qué absoluta mudez... Y qué manera
de asomar, tras las tapias de estos huertos
donde siembra el dolor su sementera
y cae la semilla de los muertos...

Te alimentas, absorto en cien mudeces,
de la carroña humana, y no floreces...
Viejo árbol antropófago, inflorado,

tristeza hecha follaje, tantas cosas:
factor de la hojarasca del olvido,
hermanado a las hierbas de las fosas

SONETARIO DE LAS AVES Y DE LAS BESTIAS

I

Jefe del viejo clan, el cóndor viejo...
Con polvo el corazón y con arrugas,
volaba, como acentó circunflejo,
el vuelo de ala comba de las fugas...

El alisio —la cólera del este—,
hiriéndole la audacia de la vida,
le hizo rodar, por el peñón agreste,
con la sombra en los párpados prendida...

La oscuridad el ánima le inmola...
Pero, al sentir el sol sobre la gola,
las carúnculas mueve con presteza...

Y, como si al sol viera todavía,
por el calor guiada la cabeza,
le sigue, desde abajo, todo el día...

II

Raspa el suelo, y el lomo en tierra baña;
clarina su clarín enronquecido;
y, dentro el corazón de la maraña,
hundé la cornamenta y el mugido...

Se incorpora... Sestea la vacada,
al amor de los grandes algarrobos...
Y el novillo se lanza a la explanada,
dejando un remolino de corcovos...

Topa con el rival... Asta con asta,
bruto con bruto, en la llanura vasta...
Y es, entonces, la guerra de las guerras—

la que rompe el cabestro y las estacas—,
ante un virgen silencio de becerras,
y una rumiante impavidez de vacas...

III

Con el atardecer y a sus destellos,
por la senda punal, la de los quingos,
indígena fracaso de camellos,
pasa el tropel de llamas y llingos...

Alta la testa contra el sol de ocaso,
con baba el belfo, las pupilas buenas,
la menudencia del menudo paso
van, marcando, marcando en las arenas...

Debió de ser hacia una grande luna...
De verse sólo pajonal, la puna
quiso animalizarse en los rebaños;

puso al seno en matélicas molestias,
y alumbró estos camélidos hurafios
que son los pajonales hechos bestias...

IV

Elegía con alas del pantano,
solitaria, la garza solitaria,
medita nadie sabe qué hondo arcano,
en una eternidad de paz agraria...

Junto al paular le han visto ya tres horas,
en oracón mental de ignotos fines,
el paso de las aves migradoras,
y el trémulo vaivén de los confines...

De repente —sin duda, porque brota
un proyecto de idea, sombra rota,
en su cabeza—, el pájaro revuela,

torna otra vez al ademán sereno,
y se queda otra vez de centinela,
con las patas clavadas en el cieno...

V

El cóndor, el del impetu de toro,
flageló, a veces, con alazos rudos,
los cóndores de bronce, mármol y oro,
de estatuas, de columnas y de escudos...

En el bajorrelieve y en el alto,
ya sobre el pedestal, ya sobre el plinto,
los hizo vacilar... Y, salto a salto,
salió de los dominios del instinto...

Loco de su locura —la estatuaria—,
se pasaba en la cima solitaria,
en plagio de posturas... Y fue, entonces,

que le dejaron rígido unas balas,
en la misma actitud con que, en los bronce,
los cóndores de bronce abren las alas...

VI

Algo atisba el pumesno que la puma,
tributando el rugido con los dientes,
cuaja la ira, en la fauce, como espuma,
y el odio, en el mirar, como serpientes...

Hacia la otra ribera, donde emigra
una porción mayor del agua clara,
asoma su cabeza audáz de tigrá,
empujando al jaguato, la jaguata...

Las hembras se contemplan, frente a frente,
y saltan, con los ojos, el torrente...
Pero, ante lo imposible, en las marañas

húndense bruscas... Y húndense ingranquillas,
pues lleva cada cual, en las entrañas,
al menos un zarpazo de pupilas...

VII

La cóndora, la recia emperadora,
arranca, rectilínea, del picacho;
y llegan, por el lado de la aurora,
los lúbricos graznidos de algún macho...

No importa, no está en celo todavía...
Ha disparado al sol el rumbo arisco
para sorber la plenitud del día,
cara a cara la cóndora y el disco...

Pronto es un punto negro... Mas el macho,
peinándose el plumón en el picacho,
la ve sin inquietud indagadora;

porque sabe muy bien que, desde arriba,
excitada de sol, la emperadora,
al fin ha de caer como ascua viva...

VIII

Negro, como los cóndores, este oso
tiene una mancha parda en el costado;
y se ha puesto en dos patas, silencioso,
cerca al declive absurdo del nevado...

Se desgalfa el alud en ese instante,
la nieve se suicida ese momento;
y corre un frío, pero un frío aullante,
por la espina dorsal del torvo viento...

Siente el oso el alud, sobre el abismo...
Bañando la pupila de heroísmo,
salta en el bosque con gruñido leve;

y el oso negro de la parda mancha,
agarrándose al bloque de la nieve,
resbala hasta el final de la avalancha...

IX

Amores que gemis la tarde entera...
La tórtola en el risco y el repecho,
la paloma torcaz en la ladera
y la perdiz blancal en el barbecho...

Desde el golondrinero— las ruinas
de cabañas ocultas en los montes—,
sobre la tarde van las golondrinas,
inquietando en rumor los horizontes...

Ya no hay lumbre de sol... Ya de sus urnas
las aves de rapiña, las nocturnas,
comienzan a salir... Vibran gemidos...

Y tórtolas, perdices y torcaces,
en el hogar de paja de los nidos,
son paz que va a dormir en hondas paces...

X

El cárabo, es el cárabo... Es el ave
que el arbolado de los patios puebla,
y la hora de morir el indio sabe,
graznándole el presagio en la tiniebla...

El cárabo, es el cárabo maldito,
el mensajero de la mala suerte...
Indio que en plena noche oyó su grito,
oído el grito, ha de morir de muerte...

Hoy, insomne de párpado y de idea,
retorcido de insomnio culebrea...
luego siente del ser el agrio enrosque,

y, en el rincón tumbándose, se ovilla...
Que al fin del alma le ha metido el bosque
un cárabo brutal—, la pesadilla...